

# La Atlántida

## Entre el mito y la historia

LUIS E. ÍÑIGO FERNÁNDEZ



**Colección:** Historia Incógnita

**Título:** *La Atlántida. Entre el mito y la historia*

**Autor:** © Luis E. Íñigo Fernández

**Copyright de la presente edición:** © 2021 Ediciones Nowtilus, S.L.

Camino de los Vinateros, 40, local 90, 28030 Madrid

[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez

**Diseño y realización de cubierta:** Universo Cultura y Ocio

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

**ISBN edición impresa:** 978-84-1305-143-7

**ISBN impresión bajo demanda:** 978-84-1305-144-4

**ISBN edición digital:** 978-84-1305-145-1

**Fecha de edición:** marzo 2021

# Índice

Capítulo 1. Los orígenes del mito.....	11
¿Qué pretendía Platón? .....	11
El contenido del mito .....	15
¿Se lo inventó todo Platón? .....	24
La Atlántida después de Platón .....	49
Capítulo 2. Leyendas del Nuevo Mundo .....	55
El paraíso de los Bienaventurados.....	55
Atlántidas americanas.....	63
Toros y columnas .....	67
La gran inundación .....	68
Cualquiera tiempo pasado fue mejor .....	77
Hijos de los dioses.....	81
Capítulo 3. Las Atlántidas medievales.....	85
Islas esquivas .....	85
La Isla de San Brandán.....	86

Antilla o la Isla de las Siete Ciudades.....	91
Brasil.....	94
California.....	97
Las Islas de las Hespérides y Ávalon.....	100
Las Islas Afortunadas o Islas de los Bienaventurados.....	103
Última Thule .....	105
El Reino del Preste Juan y el País de Gog y Magog.....	107
¿La Atlántida americana?: El Dorado, Paititi y el Manuscrito 512.....	109
Capítulo 4. La Atlántida de los humanistas .....	115
¿Buscaba Colón la Atlántida? .....	115
El retorno de la Atlántida.....	124
La Atlántida de los utópicos .....	129
El río se bifurca.....	135
Capítulo 5. La resurrección del mito .....	141
Triunfa el positivismo... por ahora.....	141
Y entonces llegó Donnelly.....	147
Los herederos de Donnelly.....	153
La Atlántida de los místicos.....	162
La Atlántida de los nazis.....	173
Arqueólogos de culto.....	179
Capítulo 6. Las otras Atlántidas .....	185
¿Pero la Atlántida no estaba en el Atlántico?.....	185
La Atlántida que descubrió Colón.....	187
Atlántidas africanas .....	194
Argantonio el atlante.....	201
Las Atlántidas del Frío.....	217

Las Atlántidas del mar Egeo .....	226
La hipótesis siciliana.....	245
La irresistible atracción de Homero .....	250
El tsunami de Hélice.....	253
Capítulo 7. Hubo otros mundos, pero estaban en este.....	257
Mu, la tierra natal del hombre.....	257
Traduttore, traditore.....	263
Hiva, la Atlántida de la isla de Pascua.....	269
Lemuria, la Atlántida del Índico.....	275
Lemurianos en California.....	279
Kumari Kandam y Rutas: las Atlántidas de la India.....	283
Hiperbórea. La Atlántida del Ártico .....	285
Capítulo 8. Las Atlántidas imaginadas.....	295
Novelas de ciencia ficción.....	295
Fantasías inesperadas .....	299
Alegatos y thrillers.....	302
La Atlántida en la gran pantalla.....	316
Y también en la pequeña .....	325
Capítulo 9. La Atlántida ante el juicio de la razón .....	329
Primer testigo: la Geología .....	330
Segundo testigo: la Biología .....	336
Tercer testigo: la Historia .....	340
Último testigo: la Antropología.....	351
Capítulo 10. A modo de conclusión .....	359
Bibliografía.....	367



# Capítulo 1

## Los orígenes del mito

¡Mira! La muerte ha levantado su trono  
en una extraña y solitaria ciudad  
allá lejos en el Oeste sombrío,  
donde el bueno y el malo y el mejor y el peor  
han ido a su reposo eterno.  
Allí hay cúpulas y palacios y torres  
(torres devoradoras de tiempo que no se estremecen)  
que no se asemejan a nada que sea nuestro.  
En los alrededores, olvidadas por vientos inquietos,  
resignadas bajo el cielo,  
reposan las aguas melancólicas.

Edgar Alan Poe, *La ciudad en el mar* (1845).

### ¿QUÉ PRETENDÍA PLATÓN?

La Atlántida empieza en Platón. Fueron sus célebres diálogos *Timeo* (360 a. C.) y *Critias* (circa 355 a. C.) los que fijaron el canon del mito y sirvieron de fuente única de la que todos quienes, en siglos posteriores, creyeron en él y, partiendo de perspectivas muy distintas, desde la más estricta ortodoxia científica al ocultismo menos recatado, trataron de desentrañar el seductor misterio que pronto se gestó en torno a su contenido. Pero ¿quién era Platón? Y, sobre todo, ¿qué pretendía al escribir su historia sobre la Atlántida?

Platón realmente se llamaba Aristocles. El nombre con el que pasó a la historia y por el que lo conocemos no era, en realidad, sino un apelativo, un mote que, según Diógenes Laercio, escogió para él en su juventud su profesor de gimnasia, sorprendido por la anchura de los hombros de su joven discípulo. Era hijo de Aristón y descendiente, según proclamaba con orgullo su familia, del último de los reyes de Atenas. Pero, sobre todo,

vivió entre los años 427 y 347 a. C. en la plenitud de la Grecia clásica, uno de los períodos de la historia de la humanidad en que han florecido con mayor vigor las artes y las ciencias y, *por ende*, uno de los que ha tenido mayor influencia en nuestra tradición cultural. Además, en ese feliz contexto Platón fue uno de los pensadores más prestigiosos, quizá, junto a Sócrates, su maestro, y Aristóteles, su mejor discípulo, el más influyente de los filósofos griegos y uno de los intelectuales más relevantes de todos los tiempos. No en vano escribió el filósofo y matemático inglés Alfred North Whitehead (1861-1947) que toda la filosofía occidental no es sino una serie de notas a pie de página de la filosofía platónica.

Respondida así la primera pregunta, dar respuesta a la segunda resulta mucho más complejo, al menos, a tenor de las numerosas y distintas lecturas que se han propuesto de su historia acerca de la Atlántida. Sobre lo que existe, empero, un consenso absoluto entre los estudiosos serios de su obra es que se trata de un mito, en modo alguno de una historia real. Esto no debe sorprendernos. Es cierto que Platón, como discípulo de Sócrates, era un convencido racionalista y, en este sentido, basaba su visión del mundo en el *logos*, la razón, el argumento, pero ello no quiere decir que no recurriera al mito cuando de enseñar se trataba, pues era del todo consciente de que en su época solo una minoría, en realidad una minúscula élite cultural, se encontraba en disposición de seguir un razonamiento filosófico profundo sin perderse o aburrirse, mientras la inmensa mayoría adoraba las leyendas y, en última instancia, las buenas historias. Algunos de los mitos que usaba Platón eran del todo tradicionales, esto es, procedían de la mitología griega en el sentido que hoy le damos a esa expresión, como equivalente al conjunto coherente de mitos propio de una cultura, un pueblo o una religión, otros eran fruto de la modificación intencionada pero reconocible de mitos extraídos de dicha tradición, aunque el filósofo se valió también de mitos de su propia invención, como el de la caverna, alegoría sobre la falsedad del mundo que tomamos por real cuando no es sino la sombra que proyecta la verdadera realidad, el mundo de las ideas, que incluye en el Libro VII de su célebre diálogo *La República* (380 antes de Cristo):

Representate hombres en una morada subterránea en forma de caverna, que tiene la entrada abierta, en toda su extensión, a la luz. En ella están desde niños con las piernas y el cuello encadenados, de modo que deben permanecer allí y mirar solo delante de ellos, porque las cadenas les impiden girar en derredor la cabeza. Más arriba y más lejos se halla la luz de un fuego que brilla detrás de ellos; y entre el fuego y los prisioneros hay un tabique construido de lado a lado, como el biombo que los titiriteros levantan delante del público para mostrar, por encima del biombo, los muñecos.



El consenso se acaba cuando llega el momento de la interpretación. ¿Qué enseñanza pretendía transmitir Platón mediante el mito de la Atlántida? ¿Con qué objeto lo escribió? Algunas cosas parecen evidentes. *Timeo* y *Critias* son del todo coherentes con su marco de reflexión acerca de la sociedad ideal ya anticipado en *La República*, al que el personaje de Sócrates parece aludir en el *Timeo* cuando habla de ciudadanos especializados en tareas militares, supresión de los metales preciosos, igualdad de sexos o comunidad de mujeres y niños, sin otra discrepancia más que la identificación en este diálogo entre guardianes y filósofos, grupos sociales que en *La República* aparecen claramente diferenciados. En este contexto, la Atlántida, cuyo gobierno tradicional basado en leyes justas se había degradado con el tiempo cuando se impuso sobre él la ambición imperialista, aparece contrapuesta a la antigua Atenas, una sociedad perfecta tal como la concebía Platón. La Atenas de Pericles, nacida de la victoria absoluta en las guerras médicas, en la primera mitad del siglo v a. C., la Atenas soberbia, mercantil e imperialista, que usa su poderosa armada como herramienta de sumisión de las polis griegas, asociadas en la Liga de Delos, cuyo tesoro utiliza como propio, corrompida por la riqueza y la impiedad se contrapone así a la vieja y piadosa Atenas predemocrática, la Atenas de Solón, austera y sumisa al gobierno de los mejores, mucho más cercana a la idea que tenía Platón, que detestaba a Pericles, sobre la sociedad ideal. Pero la cosa no es tan simple, las interpretaciones se amontonan y se mezclan porque también lo hacen los mensajes. El *Timeo* y el *Critias* ocultan en realidad un continuo juego de parábolas y antítesis que es posible leer de muchas formas. Probemos con algunas más. La polis griega, la ciudad Estado independiente, Atenas sobre todas ellas, se contrapone a la autocracia persa representada por Darío y Jerjes, algunos de cuyos rasgos es posible identificar en la descripción platónica de la Atlántida, en el carácter exótico y de sabor indiscutiblemente orientalizante de sus ciudades y, sobre todo, en su enorme ejército, trasunto evidente de las huestes invasoras de aquellos monarcas durante las referidas guerras médicas. Pero no podemos obviar que también en el retrato son numerosos los elementos griegos. Las ciudades persas no poseían en su mayoría acrópolis, gimnasios ni hipódromos, y menos aún templos erigidos en honor de Poseidón. ¿Es quizá casual esta mezcla? Y caben más interpretaciones. En Occidente, por aquellos años, el hecho histórico de mayor relevancia era el ascenso de Cartago, cuya hegemonía comercial y naval, extendida a uno y otro lado de las Columnas de Hércules amenazaba directamente a las ciudades griegas de Sicilia y el sur de Italia. Platón, que había pasado un tiempo en Sicilia invitado por el tirano Dionisio II, creía que la admiración que el monarca sentía por

él le permitiría poner en práctica en Siracusa la sociedad con la que soñaba. ¿No pudo concebir allí la idea de presentar su fábula política sobre el estado ideal valiéndose para ello como protagonista de una potencia atlántica degenerada e imperialista en antítesis con unos griegos habitantes de un tiempo remoto, símbolo de patriotismo y buen gobierno? ¿No pudo pretender con ello, además, reforzar la moral de los griegos de la zona y facilitar su unidad frente al enemigo cartaginés?

¿Historia, pues...? Apenas. Es cierto que el filósofo ateniense proclama una y otra vez en ambos diálogos que cuanto relata en ellos es real, incluso sin advertir que tanta insistencia le lleva a la contradicción de señalar en un lugar que la supuesta historia de la Atlántida le fue transmitida a Critias el Viejo por boca de Solón mientras en otro asegura que los documentos que la contienen se encuentran transcritos en griego a partir de sus supuestas fuentes egipcias, en el domicilio familiar de Critias. Pero no es otra cosa que un recurso literario. El *Timeo* y el *Critias* son filosofía, política en todo caso, no historia. ¿Cómo aceptar si no que los sacerdotes saítas conservaran registros de la fundación de la Atenas primitiva cuando tal suceso ocurrió, según ellos mismos relatan, mil años antes de la propia fundación de Sais? Así las cosas, se trataría pues, de un relato inventado, llamado a ser interpretado en clave filosófica y política, una suerte de distopía *avant la lettre* que se vale de una geografía y de un tiempo histórico imaginarios para vehicular, por oposición, una visión ideal de la vida colectiva representada en la descripción de la antigua Atenas. Como escribió hace unos años Pierre Vidal-Naquet: «...Platón, con su relato de la Atlántida y de su guerra contra Atenas, ha inventado un género literario aún muy vivo, ya que se trata de la ciencia ficción. De todos los mitos que creó, es, de alguna manera, el único que ha echado raíces». No cabe albergar ninguna duda razonable acerca de esta afirmación.

Pero seamos prudentes. Aceptarlo así no implica en modo alguno suponer que Platón inventó su mito a partir de la nada. ¿Acaso constituiría el filósofo ateniense un fenómeno único, una suerte de *rara avis* entre los escritores de todos los tiempos, capaz de idear narraciones nacidas por completo de su imaginación sin anclaje alguno en la tradición cultural de su época? La respuesta no puede sino ser negativa, nadie escribe *ex novo*, incluso cuando un escritor inventa una historia, esto es, cuando la extrae por completo de su imaginación, bebe de fuentes muy remotas de cuya existencia puede o no ser consciente, aunque sin duda han determinado cuanto sabe y cuanto es capaz de idear. En última instancia, todos y cada uno de nosotros y en todo cuanto hacemos, somos hijos de nuestra cultura.

De tal afirmación se deduce, por tanto, que debería ser posible identificar en el mito platónico elementos tomados de otros mitos anteriores, ya sean griegos o ajenos a la tradición helénica, e incluso de sucesos históricos más o menos deformados y adornados para servir mejor a la finalidad esencial del relato, la cual, debemos tenerlo presente, es filosófica, no histórica. Tal es la cuestión que trataremos de responder a continuación. Pero para ello será necesario primero que fijemos con claridad lo que escribió Platón para determinar a continuación qué hay en ello de original y qué de asimilado de la tradición cultural preexistente.

## EL CONTENIDO DEL MITO

El primero de los diálogos platónicos que trata el mito de la Atlántida, el *Timeo*, pone en boca de Critias, filósofo sofista y tío carnal de Platón, «...un relato muy extraño, pero absolutamente verdadero» que Solón (640-559 a. C.), uno de los siete sabios de Grecia y respetado reformador de la constitución ateniense, habría contado a su abuelo, del mismo nombre, tras su estancia en Egipto. Traducido de la lengua de los atlantes al egipcio, Solón lo hizo verter después al griego, pues albergaba el proyecto de utilizarlo como argumento de una gran obra poética. Pero las adversidades que sufrió a su regreso a Atenas se lo impidieron y así, sin elaborar, se transmitió de boca en boca hasta llegar finalmente a Critias el Joven, el cual lo narró en un círculo de amigos, entre ellos Sócrates y el mismo Platón, que decidió escribirlo para que no se perdiera.

Dicho relato trataba de la «...hazaña más importante y, con justicia, la más renombrada de todas las realizadas por nuestra ciudad, pero que no llegó hasta nosotros por el tiempo transcurrido y por la desaparición de los que la llevaron a cabo» que Solón había conocido por boca de los sacerdotes de Sais, por entonces la capital del Egipto gobernado por la Dinastía xxvi, conocida como saíta, en el transcurso de su estancia en aquella ciudad. Solón contaba, siempre según Critias, que cuando llegó allí recibió de ellos muchos honores y que, al interrogar sobre el pasado a los que más conocían el tema, descubrió que ni él mismo ni ningún otro griego sabía prácticamente nada de la historia de la propia Atenas. Los sacerdotes le dijeron que habían tenido lugar muchas destrucciones de hombres, las más grandes por fuego y agua, pero también otras menores provocadas por otras innumerables causas, aunque los griegos lo ignoraran, como ignoraban también que antes del Diluvio, Atenas era «...la mejor en la guerra y la más absolutamente obediente de las leyes», dueña de la mejor organización política conocida.



Platón (427-347 a. C.) en un detalle de *La Escuela de Atenas*, fresco del pintor italiano Rafael en las Estancias Vaticanas.

Al pedirle Solón al sacerdote que le contara más, este recordó que sus escritos sagrados se remontaban a más de ocho mil años en la historia de Sais, y que en ellos se describía asimismo cómo nueve mil años antes la diosa Atenea, a la que también se profesaba culto en su ciudad bajo el nombre de Neith, fundó Atenas, «...eligió primero el sitio que daría los hombres más adecuados a ella y lo pobló». Por esa razón vivió la ciudad bajo las leyes que la diosa le había dado y pronto superó en virtud a las demás «...como es lógico, ya que erais hijos y alumnos de dioses», añadió el sacerdote. Muchas fueron las hazañas que aquella Atenas modélica llevó a cabo, pero hubo entre ellas una que destacó por encima de las demás, cuando la ciudad detuvo «...la marcha insolente de un gran imperio, que avanzaba del exterior, desde el Océano Atlántico, sobre toda Europa y Asia». Dicho imperio tenía su origen en una isla, la Atlántida, mayor que Libia y Asia juntas, situada al otro lado de las columnas de Hércules, «...en la que había surgido

una confederación de reyes grande y maravillosa que gobernaba sobre ella y muchas otras islas, así como partes de la tierra firme». Prosigue entonces el sacerdote:

En este continente, dominaban también los pueblos de Libia, hasta Egipto, y Europa hasta Tirrenia. Toda esta potencia unida intentó una vez esclavizar en un ataque a toda vuestra región, la nuestra y el interior de la desembocadura. Entonces, Solón, el poderío de vuestra ciudad se hizo famoso entre todos los hombres por su excelencia y fuerza, pues superó a todos en valentía y en artes guerreras, condujo en un momento de la lucha a los griegos, luego se vio obligada a combatir sola cuando los otros se separaron, corrió los peligros más extremos y dominó a los que nos atacaban. Alcanzó así una gran victoria e impidió que los que todavía no habían sido esclavizados lo fueran y al resto, cuantos habitábamos más acá de los confines heráclidas, nos liberó generosamente. Posteriormente, tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles, la clase guerrera vuestra se hundió toda a la vez bajo la tierra y la isla de Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar. Por ello, aún ahora el océano es allí intransitable e inescrutable, porque lo impide la arcilla que produjo la isla asentada en ese lugar y que se encuentra a muy poca profundidad.

Hasta aquí cuanto el *Timeo* nos dice sobre la Atlántida. Nada se detiene en él Platón acerca de la forma de vida de aquella misteriosa civilización de hombres que habitaban más allá del confín occidental del Mediterráneo, y menos aún de la razón de su trágico final. Es en el *Critias*, el segundo de sus diálogos dedicados al tema, en el que el filósofo se explaya sobre estos asuntos, entregándose a una disección minuciosa de la Atlántida y deteniéndose en la descripción de la fisonomía de su isla, sus orígenes mitológicos, sus costumbres y su organización económica, social, política e incluso militar y religiosa. De dicha descripción se desprende una conclusión evidente: la sociedad de los atlantes había alcanzado niveles de civilización muy avanzados en el contexto de su época. No solo conocían perfectamente la forma de extraer y trabajar los metales, entre ellos el hierro y el misterioso oricalco, del que Platón no proporciona detalle que nos permita deducir a qué se refiere, sino que poseían en todos los aspectos una avanzada economía que se beneficiaba tanto de la abundancia de recursos naturales de que disfrutaba la isla como de unas magníficas infraestructuras de transporte y comunicaciones y un intenso comercio marítimo. Gracias a todo ello, los atlantes disfrutaban de un gran nivel de vida que les permitía cuidar su cuerpo y su espíritu. Jardines, gimnasios y templos proliferaban por toda la isla,

de modo que hombres y mujeres pudieran disfrutar por igual de todos ellos en medio de un gran bullicio y animación que mostraba la alegría de vivir de los atlantes, no por ello irrespetuosos con los dioses, a los que profesaban respeto y veneración. En cuanto a la organización política, formaba la Atlántida una confederación de diez reinos, gobernado cada uno de ellos por un monarca con poder absoluto, tan solo limitado por la obligación de mantenerse fiel a las leyes que, según la tradición, Poseidón les había dado al comienzo de los tiempos y que permanecían escritas en una columna de oricalco en el centro de la isla, presidida por el templo del dios en el que los reyes se reunían alternativamente cada cinco o seis años para tratar de los asuntos comunes.

La Atlántida así organizada constituía, a decir de Platón, la mayor potencia militar nunca vista, pues era capaz de reunir sin esfuerzo diez mil carros de guerra con sus correspondientes dotaciones, ciento veinte mil jinetes, más de un millón de soldados de infantería, tanto pesada como ligera, y mil doscientas naves de guerra, y todo ello solo el primero entre los reyes, que había de completar su ejército con el de los otros nueve. Quizá por ello terminó por vencer a los atlantes la soberbia, y tanto se apartaron de la senda trazada para ellos por Poseidón que este se irritó y decidió castigarlos. Así explica Platón lo sucedido:

Durante muchas generaciones, mientras se conservó en ellas algo de la naturaleza del dios al que debían su origen, los habitantes de la Atlántida obedecieron las leyes que habían recibido y respetaron el principio divino, que era común a todos. Sus pensamientos eran conformes a la verdad y de todo punto generosos; se mostraban llenos de moderación y de sabiduría en todas las eventualidades, como igualmente en sus mutuas relaciones. Por esta razón, mirando con desdén todo lo que no es la virtud, hacían poco aprecio de los bienes presentes, y consideraban naturalmente como una carga el oro, las riquezas y las ventajas de la fortuna. Lejos de dejarse embriagar por los placeres, de abdicar el gobierno de sí mismos en manos de la fortuna, y de hacerse juguete de las pasiones y del error, sabían perfectamente que todos los demás bienes acrecen cuando están de acuerdo con la virtud; y que, por el contrario, cuando se los busca con demasiado celo y ardor perecen, y la virtud con ellos. Mientras los habitantes de la Atlántida razonaban de esta manera, y conservaron la naturaleza divina de que eran partícipes, todo les salía a satisfacción, como ya hemos dicho. Pero cuando la esencia divina se fue aminorando por la mezcla continua con la naturaleza mortal; cuando la humanidad la superó en mucho; entonces, impotentes para soportar la prosperidad presente, degeneraron. Los que saben penetrar las cosas, comprendieron que se habían hecho malos y que habían perdido los más preciosos de todos

los bienes; y los que no eran capaces de ver lo que constituye verdaderamente la vida dichosa, creyeron que habían llegado a la cima de la virtud y de la felicidad, cuando estaban dominados por una loca pasión, la de aumentar sus riquezas y su poder.

Entonces fue cuando el dios de los dioses, Zeus, que gobierna según las leyes de la justicia y cuya mirada distingue por todas partes el bien del mal, notando la depravación de un pueblo antes tan generoso, y queriendo castigarle para atraerle a la virtud y a la sabiduría, reunió todos los dioses en la parte más brillante de las estancias celestes, en el centro del universo, desde donde se contempla todo lo que participa de la generación, y teniéndolos así reunidos, les habló de esta manera...

Así, incompleto, quedó el *Critias*. Platón nunca lo terminó, ni escribió tampoco el tercero de los diálogos, titulado *Hermócrates*, con el que había pensado culminar una trilogía dedicada al Estado ideal. ¿Por qué no lo hizo? Lo cierto es que no lo sabemos. Quizá tenía razón Plutarco cuando afirmaba que empezó tarde el *Critias*, ya septuagenario, y que la tarea fue excesiva para sus fuerzas menguadas por tan avanzada edad. También pueden tenerla quienes sostienen que lo abandonó para redactar *Las Leyes*, e incluso los que piensan que se reconcilió en lo político con Atenas, por lo que la razón de ser de su proyecto había desaparecido. Y no debe, por último, despreciarse del todo la posibilidad de que lo que falta se haya perdido, como ha sucedido en tantas ocasiones con las obras de los escritores antiguos. No obstante, lo que sí sabemos por el *Timeo* es que los párrafos siguientes sin duda explicaban o iban a explicar con mayor detalle el final de la Atlántida.

Pero vayamos a lo esencial, ¿cuáles son los datos fundamentales que debemos retener de las narraciones que nos ha dejado Platón? O, dicho de otro modo, ¿cuáles son los elementos clave del mito de la Atlántida? Debemos conocerlos bien, pues nuestra siguiente tarea será analizar hasta qué punto, y en coherencia con lo que afirmábamos anteriormente, se trata de elementos originales, esto es, no existentes con anterioridad, bien en la obra de autores concretos o bien en la tradición anónima y, de no ser así, cuál podría haber sido su origen. Veamos, pues, cuáles son dichos elementos.

En primer lugar, La Atlántida era una gran isla que existió hace muchos años, 9.500 antes de nuestra era según Platón, al otro lado de las columnas de Hércules y luego se hundió en el océano Atlántico. Según el *Timeo*, el sacerdote egipcio refiere a Solón «...cómo vuestra ciudad [Atenas] detuvo en una ocasión la marcha insolente de un gran imperio,

que avanzaba del exterior, desde el Océano Atlántico, sobre toda Europa y Asia. En aquella época, se podía atravesar aquel océano dado que había una isla delante de la desembocadura que vosotros, así decís, llamáis columnas de Heracles. Esta isla era mayor que Libia y Asia juntas y de ella los de entonces podían pasar a las otras islas y de las islas a toda la tierra firme que se encontraba frente a ellas y rodeaba el océano auténtico, puesto que lo que quedaba dentro de la desembocadura que mencionamos parecía una bahía con un ingreso estrecho. En realidad, era mar y la región que lo rodeaba totalmente podría ser llamada con absoluta corrección tierra firme».



Representación de la Atlántida basada en la descripción que de ella hace Platón en el *Critias*. Como puede verse, la capital de la isla poseía una peculiar estructura basada en círculos concéntricos de agua y murallas.

En segundo lugar, la Atlántida estaba configurada de forma muy peculiar, como una suerte de montaña rodeada de anillos concéntricos que alternaban murallas y canales, con la acrópolis que era la sede del templo de Poseidón y Clito y del palacio real, en el centro, y puentes que los comunicaban entre sí como los radios de una rueda. Como describe el *Critias*:

Comenzaron por echar puentes sobre los fosos circulares, que llenaba la mar, y que rodeaban la antigua metrópoli, poniendo así en comunicación la estancia real con el resto de la isla. Muy al principio construyeron este palacio en el punto mismo donde habían habitado los dios y sus antepasados. Los reyes, al trasmitírsele, no cesaron de añadir nuevos embellecimientos a los antiguos, haciendo cada cual los mayores esfuerzos para dejar muy atrás a sus predecesores; de suerte que no se podía, sin llenarse de admiración, contemplar tanta grandeza y belleza tanta.



A partir desde el mar abrieron un canal de tres arpentos de ancho, de cien pies de profundidad y de una extensión de cincuenta estadios, que iba a parar al recinto exterior; hicieron de suerte que las embarcaciones que viniesen del mar pudiesen entrar allí como en un puerto, disponiendo la embocadura de modo que las más grandes naves pudiesen entrar sin dificultad. En los cercos de tierra, que separaban los cercos de mar, al lado de los puentes, abrieron zanjas bastante anchas, para dar paso a un trirreme: y como de cada lado de estas zanjas los diques se levantaban a bastante altura por cima del mar, unieron sus bordes con techumbre, de suerte que las naves las atravesaban a cubierto. El mayor cerco, el que comunicaba directamente con el mar, tenía de ancho tres estadios, y el de tierra contiguo tenía las mismas dimensiones.

De los dos cercos siguientes, el del mar tenía dos estadios de ancho, y el de tierra tenía las mismas dimensiones que el precedente. En fin, el que rodeaba inmediatamente la isla interior, tenía de ancho un estadio solamente. En cuanto a la isla interior misma, donde se ostentaba el palacio de los reyes, su diámetro era de cinco estadios. El ámbito de esta isla, los recintos y el puerto de los tres arpentos de ancho, todo estaba revestido en derredor con un muro de piedra. Construyeron torres y puertas a la cabeza de los puentes y a la entrada de las bóvedas, por donde pasaba el mar. Para llevar a cabo todas estas diversas obras, arrancaron alrededor de la isla interior y en cada lado de las murallas, piedras blancas, negras y encarnadas. Arrancando así aquí y allá, abrieron en el interior de la isla dos receptáculos profundos, que tenían la misma roca por techo. De estas construcciones, unas eran sencillas; otras, formadas de muchas especies de piedras y agradables a la vista, tenían todo el buen aspecto de que eran naturalmente capaces. Cubrieron de bronce, a manera de barniz, el muro del cerco exterior en toda su extensión; de estaño, el segundo recinto; y la Acrópolis misma, de oricalco, que relumbraba como el fuego. En fin, ved cómo construyeron el palacio de los reyes en el interior de la Acrópolis.

En tercer lugar, los reyes atlantes desarrollaban ceremonias religiosas basadas en el culto al toro y a la columna. Platón da cumplidos detalles del ritual que practicaban los monarcas en el *Critias*, cuando señala:

Después de dejar en libertad algunos toros en el templo de Neptuno, los diez reyes quedaban solos y suplicaban al dios, que escogiera la víctima que fuese de su agrado, y comenzaban a perseguirlos sin otras armas que palos y cuerdas. Luego que cogían un toro, lo conducían a la columna y lo degollaban sobre ella en la forma prescrita. Además de las leyes estaba inscrito en esta columna un juramento terrible e

imprecaciones contra el que las violase. Verificado el sacrificio y consagrados los miembros del toro según las leyes, los reyes derramaban gota a gota la sangre de las víctimas en una copa, arrojaban lo demás en el fuego, y purificaban la columna. Sacando en seguida sangre de la copa con un vaso de oro, y derramando una parte de su contenido en las llamas, juraban juzgar según las leyes escritas en la columna, castigar a quien las hubiere infringido, hacerlas observar en lo sucesivo con todo su poder, y no gobernar ellos mismos ni obedecer al que no gobernase en conformidad con las leyes de su padre. Después de haber pronunciado estas promesas y juramentos por sí y por sus descendientes; después de haber bebido lo que quedaba en los vasos y haberlos depositado en el templo del dios, se preparaban para el banquete y otras ceremonias necesarias. Llegada la sombra de la noche y extinguido el fuego del sacrificio, después de vestirse con trajes azulados y muy preciosos, y de haberse sentado en tierra al pie de los últimos restos del sacrificio, cuando el fuego estaba extinguido en todos los puntos del templo, dictaban sus juicios o eran ellos juzgados, si alguno había sido acusado de haber violado las leyes. Dictados estos juicios, los inscribían, al volver de nuevo el día, sobre una tabla de oro, y la colgaban con los trajes en los muros del templo, para que fueran como recuerdos y advertencias.

En cuarto lugar, ha habido a lo largo de la historia numerosas catástrofes naturales que han llevado a la muerte a millones de seres humanos. Como señala el *Timeo*: «En ese instante, un sacerdote muy anciano exclamó: «¡Ay!, Solón, Solón, ¡los griegos seréis siempre niños!, ¡no existe el griego viejo!» Al escuchar esto, Solón le preguntó: «¿Por qué lo dices?» Todos —replicó aquél— tenéis almas de jóvenes, sin creencias antiguas transmitidas por una larga tradición y carecéis de conocimientos encañecidos por el tiempo. Esto se debe a que tuvieron y tendrán lugar muchas destrucciones de hombres, las más grandes por fuego y agua, pero también otras menores provocadas por otras innumerables causas...». La Atlántida, castigada por su soberbia, como indica también el *Timeo*, «...tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles, desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar. Por ello, aún ahora el océano es allí intransitable e inescrutable, porque lo impide la arcilla que produjo la isla asentada en ese lugar y que se encuentra a muy poca profundidad».

En quinto lugar, en un tiempo lejano anterior a todas las catástrofes que se abatieron sobre la Tierra, el clima había sido más benigno y la naturaleza más feraz. Incluso la árida Grecia poseía un fértil mantillo regado por numerosos manantiales y ríos, y sus montes estaban cubiertos

de espesos bosques. La Atlántida era, en especial, una tierra bendecida, pues, como señala el *Critias*:

La isla suministraba en abundancia todos los materiales de que tienen necesidad las artes, y mantenía un gran número de animales salvajes y domesticados, y se encontraban entre ellos muchos elefantes. Todos los animales tenían pasto abundante, lo mismo los que vivían en los pantanos, en los lagos y en los ríos, como los que habitaban las montañas y llanuras, y lo mismo el elefante que los otros, a pesar de su magnitud y de su voracidad. Además de esto, todos los perfumes que la tierra produce hoy, en cualquier lugar que sea, raíces, yerbas, plantas, jugos destilados por las flores o los frutos, se producían y criaban en la isla. Asimismo los frutos blandos y los duros, de que nos servimos para nuestro alimento; todos aquellos con que condimentamos las viandas y que generalmente llamamos legumbres; todos estos frutos leñosos que nos suministran a la vez brebajes, alimentos y perfumes; todos esos frutos de corteza con que juegan los niños y que son tan difíciles de conservar; y todos los frutos sabrosos que nos servimos a los postres para despertar el apetito cuando el estómago está saciado y fatigado; todos estos divinos y admirables tesoros se producían en cantidad infinita en esta isla, que florecía entonces en algún punto a la luz del sol.

En sexto lugar, en los templos de la ciudad egipcia de Sais, de la misma manera que en otros lugares del país, se conservaban archivos en los que se encontraba registrada la historia de la Atlántida, así como de otros muchos hechos que se remontan a miles de años antes de la época de Platón, y que Solón había conocido en su viaje a Egipto: «Desde antiguo —dice a Solón en el *Timeo* el sacerdote egipcio— registramos y conservamos en nuestros templos todo aquello que llega a nuestros oídos acerca de lo que pasa entre vosotros, aquí o en cualquier otro lugar, si sucedió algo bello, importante o con otra peculiaridad». Todo ese conocimiento, empero, se pierde a menudo entre los demás pueblos, cuando las catástrofes que se suceden periódicamente lo arrasan todo, haciendo que los supervivientes lo olviden. «Contrariamente —prosigue el sacerdote—, siempre que vosotros, o los demás, os acabáis de proveer de escritura y de todo lo que necesita una ciudad, después del periodo habitual de años, os vuelve a caer, como una enfermedad, un torrente celestial que deja solo a los iletrados e incultos, de modo que nacéis de nuevo, como niños, desde el principio, sin saber nada ni de nuestra ciudad ni de lo que ha sucedido entre vosotros durante las épocas antiguas».

Por último, en séptimo lugar, el conocimiento original de los seres humanos proviene de seres divinos que les enseñaron las leyes, las artes y las ciencias. Así señala el *Timeo*: «También, ves, creo, cuánto se preocupó nuestra ley desde sus inicios por la sabiduría pues, tras descubrirlo todo acerca del universo, incluidas la adivinación y la medicina, lo trasladó de estos seres divinos al ámbito humano para salud de este y adquirió el resto de los conocimientos que están relacionados con ellos». Y en otro lugar: «Vivíais, pues, bajo estas leyes y, lo que es más importante aún, las respetabais y superabais en virtud a todos los hombres, como es lógico, ya que erais hijos y alumnos de dioses». Como explica el *Critias*, la estirpe de los atlantes desciende de los amores de Poseidón con Clito, una mujer mortal, de cuya unión nacieron cinco generaciones de gemelos varones, los futuros reyes de la isla.

### ¿SE LO INVENTÓ TODO PLATÓN?

Como hemos visto, el mismo filósofo griego rechaza toda pretensión de originalidad. «Cuenta desde el comienzo —exclamó el otro— qué decía Solón, y cómo y de quiénes la había escuchado como algo verdadero», escribe en el *Timeo* para recordar que cuanto va a escribir no es otra cosa que la historia que contaron a Solón los sacerdotes de Sais. Pero de poco nos sirve semejante afirmación. Si la historia de la Atlántida no es real, y ya hemos visto que no lo es, la frase no sería otra cosa que un mero recurso literario, del todo legítimo por otra parte. Lo que nos interesa ahora no es probar o refutar la veracidad de la historia, sino desentrañar su origen. En otras palabras, ¿son los siete elementos fundamentales del mito platónico que hemos identificado en el epígrafe anterior fruto de la mente del filósofo, que los habría ideado con el solo objetivo de transmitir con mayor facilidad sus enseñanzas sobre la sociedad ideal o, por el contrario, proceden dichos elementos de una tradición anterior?

El primer elemento del mito, la propia existencia de la Atlántida como una gran isla situada justo al otro lado del estrecho de Gibraltar, tan grande como Libia y Asia juntas, no es, desde luego, a pesar de lo que la mayoría de los profanos y muchos supuestos atlantólogos creen, original. No lo es, en primer lugar, porque algunos autores griegos anteriores a Platón la mencionan, bien de forma un tanto indirecta o poco precisa. Pero no lo es tampoco, en segundo lugar, porque ni siquiera ellos se inventaron la existencia de la gran isla, de la que se pueden hallar referencias muy anteriores, no solo en Egipto, como señala el filósofo ateniense en lo que podría ser o no un recurso literario, sino en

tradiciones culturales muy distintas y, en muchas ocasiones, comunes a un gran número de civilizaciones y pueblos repartidos por todo el planeta. Vayamos, pues, por partes.

Entre los autores griegos que mencionan o hacen referencia más o menos indirecta a la Atlántida antes de Platón destaca en primer lugar Homero, el primer poeta heleno conocido, que vivió, según se cree, en el siglo VIII a. C. En su poema épico *La Odisea*, que narra las vicisitudes de Ulises, héroe de la guerra de Troya, en su regreso a Ítaca, la tierra de la que es rey, se incluye un pasaje en el que menciona Ogygia, una isla al otro lado de las columnas de Hércules en la que habita la diosa Calipso, hija de Atlas, a la que se llega tras nueve días de navegación. «Pero a mí —canta Homero— se me parte el corazón pensando en Ulises, infeliz, que hace tanto padece miles de trabajos, alejado de todos los suyos y preso en la isla que circundan las olas allá en la mitad del océano...». No hay muchos detalles, pero en el poema homérico la isla está allí, en el océano occidental, y es evidente que Platón había leído este pasaje.

También habría leído Platón, sin duda, las obras de Heródoto de Halicarnaso, uno de los geógrafos e historiadores más prestigiosos de la Antigüedad, considerado el padre de la historia. Nacido en el 480 a. C. y fallecido medio siglo más tarde, sus *Nueve libros de la Historia* constituyen el primer ejemplo de relato sobre el pasado construido a partir de fuentes tanto orales como escritas, sin apelación alguna a la intervención de los dioses, como era habitual en los autores que le precedieron. Incansable viajero, su obra proporciona, además, un verdadero estudio geopolítico de todos los pueblos que habitaban el ecúmene entonces conocido por los griegos, sobre los que da cuenta de su ubicación geográfica, tradiciones, creencias y formas de vida.

Entre dichos pueblos, el historiador jonio nos habla con cierto detalle de unos atlantes que habitaban en las cercanías del monte Atlas, en la zona occidental de Libia, nombre con el que se conocía entonces el norte de África. No son, no obstante, estos pueblos los que nos ofrecen una pista sobre una tradición griega acerca de la existencia de una isla en el mar occidental, pues salta a la vista que su ubicación, dentro del continente y mucho más al este, en el conocido actualmente como Atlas sahariano o teliano, no se corresponde con la que señala Platón, sino la curiosa forma gramatical de la que se vale Heródoto para referirse a dicho mar, al que denomina literalmente *θάλασσα ἡ Ἀτλαντὶς*, esto es, 'mar de la Atlántida', expresión idéntica a la que después usará Platón para denominar a su isla *Ἀτλαντὶς νῆσος*, es decir, 'isla de la Atlántida'. Y lo más curioso es que no es en esto Heródoto del todo original, pues dicha

expresión extraña (en griego antiguo lo normal habría sido denominar al gran mar θάλασσα ἢ Ἀτλαντική, esto es, el ‘mar Atlántico’, si del nombre del titán Atlas derivaba, como suele decirse) aparece también en otros autores, contemporáneo uno del propio Heródoto, anterior otro en casi una centuria al historiador de Halicarnaso.

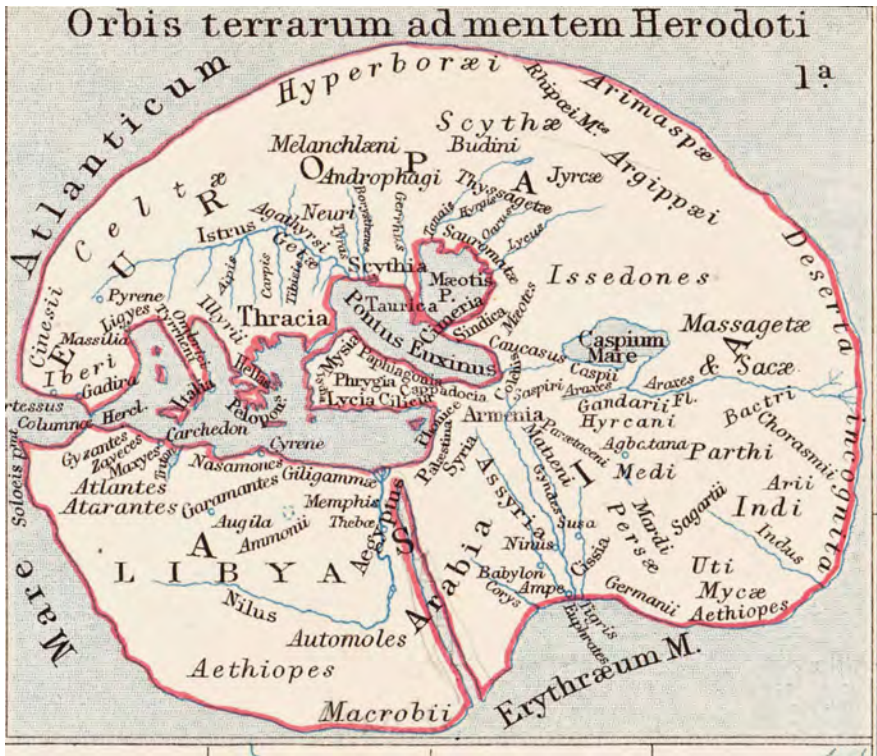
El autor contemporáneo de Heródoto que usa también una rara expresión para referirse al océano exterior no es otro que Eurípides (480-406 a. C.), en cuyo *Hipólito*, tragedia clásica basada en el mito de Teseo, se refiere a los límites del océano como «los confines de los atlantes», algo sorprendente cuando sabemos por Heródoto que los referidos atlantes vivían mucho más hacia el este, bastante lejos por tanto de la costa occidental africana. Pero aún resulta más significativa la expresión utilizada por un autor anterior en casi un siglo a los anteriores, Epicarmo de Siracusa (550-460 a. C.), filósofo presocrático de segunda fila y comediógrafo poco conocido que al mencionar en una de sus obras un conflicto ignorado o al menos poco claro que debió de haber sucedido siglos atrás, lo denomina guerra por la Atlántida, traducción que, aunque poco habitual, sería la más adecuada dado que la palabra aparece en el texto, al igual que en Heródoto y en Eurípides, nombrada en femenino. En cualquier caso, como ha señalado el atlantólogo Georgeos Díaz-Montexano, «...todo parece indicar que existía una cierta tradición, aun siendo vaga, exigua o minoritaria, de la existencia en el mar exterior de una isla o península llamada Atlántica, Atlantis o Atlántida».<sup>1</sup>

Pero ¿y los egipcios? ¿Poseían ellos alguna tradición más o menos difusa sobre la existencia en el remoto océano occidental de una isla que pudiera de algún modo identificarse con la Atlántida de Platón? La respuesta es que sí. De acuerdo con las detalladas investigaciones llevadas a cabo por el mismo Díaz-Montexano, existen más de doscientas referencias a dicha isla, tanto en textos que la mencionan como en mapas y planos esquemáticos, en soportes muy diversos, desde el papiro a los sarcófagos pasando por paredes y techos de templos, «...todas ellas con sus descripciones y detalles muy precisos donde queda claro que, en efecto, se trata de una isla en el remoto océano occidental, inmenso y de aguas frías (que no es el Mediterráneo) y donde se aprecia cómo tal isla está situada justo delante de un estrecho canal, que no podía ser otro que el mismo de las Columnas de Hércules, el actual Estrecho de Gibraltar».<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Díaz-Montexano, G. (2013). *Heródoto y la Atlántida*. <https://georgeosdiazmontexano.wordpress.com>.

<sup>2</sup> Díaz-Montexano, G. (2014). *Atlántida. Historia y ciencia*. Edición digital de Amazon, p. 246.



Mapamundi de Heródoto, circa 450 a. C., *Longman's Atlas of Ancient Geography* (1902). Basado en trabajos anteriores, como el de Hecateo de Mileto, que data de la primera mitad del siglo VI a. C., refleja en el extremo occidental de África la presencia de un pueblo que denomina atlantes o atarantes. Asimismo, el océano occidental recibe ya el nombre de Atlántico.

Las coincidencias detectadas entre estas fuentes egipcias y la descripción que Platón hace de la Atlántida no son absolutas, pero sí muy significativas. En los documentos referidos, cuyos ejemplos más antiguos se remontan al final de la Dinastía XI, fundadora del Imperio Medio, más o menos entre los años 2000 y 1900 a. C., se sitúa la isla muy lejos en Occidente, en tierras del Amenti o Duat (el inframundo donde, según la mitología egipcia, se celebraba el juicio de Osiris, equivalente al juicio final de los cristianos), en el gran mar de aguas frías, del que se dice que «ni siquiera Osiris conoce su extensión», y se la describe o representa al otro lado de un largo canal acuático que la conecta con el mar. Se señala que en ella se encuentra el trono del dios Schu, que no es otro que el Atlas de los griegos, y se pondera su extrema feracidad y su abundancia en frutos de todo tipo.

Las referencias, además, lejos de desaparecer, se hacen más frecuentes y detalladas con el transcurso de los siglos. Una lectura atenta del texto funerario más importante del Imperio Nuevo (1550-1070 a. C.) el denominado *Libro de los Muertos*, un conjunto de fórmulas rituales destinadas a ayudar a los difuntos a superar el juicio de Osiris y asistirlos en su viaje a través del inframundo, nos proporciona pasajes de gran interés. Así, en el capítulo xxxii, Osiris proclama con orgullo:

El viejo dios, el grande...  
Ha puesto en mis manos el país de los Muertos,  
la bella Amenti.

Para entonces, se hallaba ya fijada en la tradición del país del Nilo la creencia en esa bella Amenti, también denominada «Isla de la Ciudad del Trono Acuático» o «Trono de El que Eleva de la Ciudad de Agua o Acuática» y, para nuestra sorpresa, a partir de la Dinastía xviii, incluso Itlant o Atlant. Se trataba de un país lejano situado al oeste, rico en lagos y senderos, en el que se hallaba el paraíso de los justos, dividido a su vez, tal es del detalle que poseen sus descripciones, en dos regiones bien diferenciadas: *Sekht-Hotep*, los ‘Campos de la paz divina’; y *Sekht-Ianru*, los ‘Campos de los juncos’, denominados también en ocasiones ‘Campos de los bienaventurados’, y con una capital, la ciudad de Sekhem, sede del altar divino de Osiris. El periplo que los justos debían realizar para alcanzarla se encontraba también fijado sin ambigüedad alguna por la tradición: se trataba de viajar hacia el oeste siguiendo en todo momento a la Osa Mayor hasta traspasar las Columnas de Hércules, esto es, el estrecho de Gibraltar. «¡Hacia el oeste, hacia el oeste!» gritaban de hecho los familiares y amigos del difunto que acompañaban en procesión su féretro hasta el lugar de su eterno descanso, y el mismo Osiris dice en el capítulo xcii del *Libro de los Muertos*, proclamado su deseo de no ser arrebatado de aquel lugar para marchar hacia el este, al otro lado del estrecho de Gibraltar, el «terrible paso de los dos cuernos», como lo denominan sus versos (Carnac: 1975, pp. 61-67):

Sin embargo, yo he llegado a ser el más fuerte entre los fuertes,  
más vigoroso que los vigorosos.  
No obstante, si embarcado, a pesar mío, y llevado hacia el Oriente,  
a través del temible paso de los dos cuernos,  
que los demonios no hagan presa en mí  
ni me arrastren hacia Oriente...

La creencia en ese paraíso después de la muerte no otra cosa que los Campos de los bienaventurados, los cuales pueden considerarse una

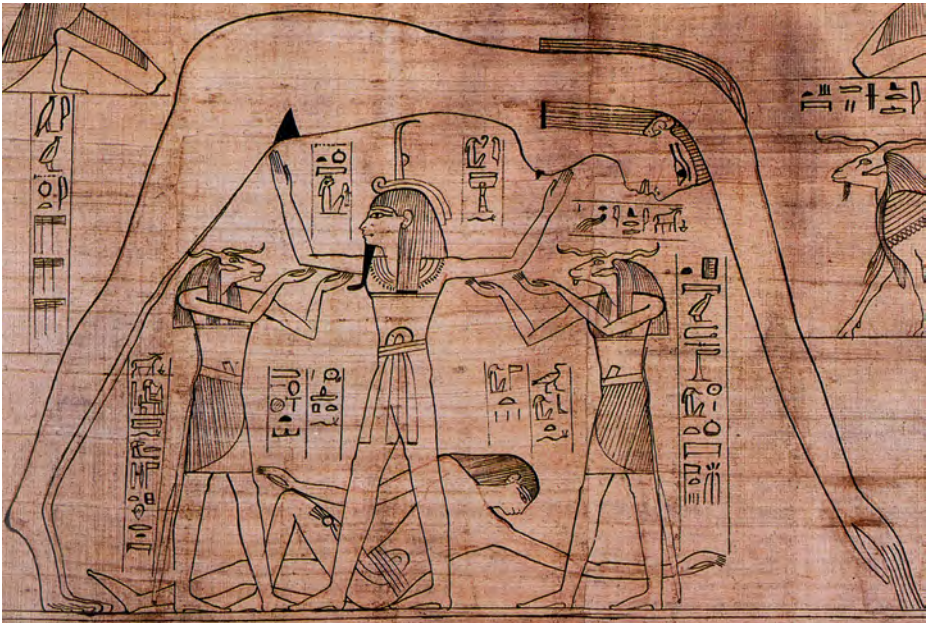




Papiro egipcio de la Dinastía XVIII en el que se representa una isla que podría identificarse con la Atlántida de Platón. En la mayoría de los mapas, debajo de la proa de la gran Barca Sagrada representada en el centro de la ciudad, se lee el nombre de la isla, «Isla de la Ciudad del Trono Acuático» o «Trono de El que Eleva de la Ciudad de Agua o Acuática». Por si esto fuera poco, es necesario recordar que el jeroglífico que representa una colina también se usaba para escribir la palabra isla, lo que nos estaría describiendo una morfología de la misma muy semejante a la que expone Platón. A partir de la Dinastía XVIII, después de 1550 a. C. aproximadamente, dentro del dibujo de la isla aparece en ocasiones un nombre sorprendente, «Itlant o Atlant».

originalidad de la civilización egipcia. De hecho, en muchas culturas de todo el planeta existe la idea de paraíso, y en un buen número de ellas se asocia a una isla, es también muy frecuente que dicha isla se sitúe muy lejos, hacia el oeste, y que en ella se sitúe la última morada de los difuntos. El *Bhagavata Purana* hindú menciona el «Jardín de Kuvera», un lugar mítico cuyos moradores disfrutaban de la eterna juventud y una absoluta felicidad durante miles de años. En la mitología de los antiguos britanos, *Ávalon*, en la que crecen las manzanas de la inmortalidad, se encuentra muy lejos, en el centro del vasto océano del oeste. Los antiguos chinos y japoneses creían en la existencia de las Islas de los inmortales, en realidad un monte en el que todos los animales son blancos como la nieve y el agua que mana por doquier asegura la inmortalidad, aunque, por no contar con ninguna gran masa de agua al oeste de sus tierras, las situaban en el vasto océano del este.

En el Corán las características del paraíso celestial son similares, un hermoso vergel poblado de hermosas vírgenes y plétórico de sabrosas frutas, imagen que sin duda tratan de evocar los bellos jardines que proliferan en la arquitectura islámica. Y, por supuesto, los griegos tenían también un mito similar que no pudo dejar de influir sobre la visión platónica de la Atlántida, el de los Campos Elíseos o Islas de los Bienaventurados, un lugar de extrema belleza y feracidad que servía de hogar a los héroes que se habían mostrado dignos de tal premio, que bebían las aguas del Leteo para olvidar sus vidas pasadas y disfrutaban de una felicidad eterna, tal como describe el poeta Hesíodo en *Los Trabajos y los Días*: «...a otros el padre Zeus, proporcionándoles vida y costumbres lejos de los hombres, los estableció en los confines de la tierra. Estos con un corazón sin preocupaciones viven en las islas de los bienaventurados junto al profundo Océano, héroes felices, para ellos la tierra rica en sus entrañas produce fruto dulce como la miel que florece tres veces al año». Descripción, por otra parte, no muy distinta de la que nos ofrece Homero en el canto iv de *La Odisea*.



Detalle del Papiro Greenfield (*Libro de Los Muertos* de Nesitanebtashru, Dinastía XXI), que representa al dios Shu o Schu, dios del aire (equivalente al Atlas de los griegos) quien, ayudado por dos divinidades con cabeza de carnero, sostiene a Nut, diosa del cielo, mientras el dios de la tierra Geb, descansa debajo.

Respecto a ti, Menelao, vástago de Zeus, no está determinado por los dioses que mueras en Argos, criadora de caballos, enfrentándote con tu destino, sino que los inmortales te enviarán a la Llanura Elisia, al extremo de la tierra, donde está el rubio Radamantis. Allí la vida de los hombres es más cómoda, no hay nevadas y el invierno no es largo; tampoco hay lluvias, sino que Océano deja siempre paso a los soplos de Céfiro que sopla sonoramente para refrescar a los hombres. Porque tienes por esposa a Helena y eres yerno de Zeus.

El segundo elemento definitorio del mito platónico es la distintiva configuración de la capital de la Atlántida, una montaña no muy alta rodeada de anillos concéntricos que alternaban murallas y canales, con la acrópolis en el centro y puentes que los comunicaban entre sí como los radios de una rueda. ¿Existen precedentes de una descripción tan peculiar? Parece que sí. Volviendo a Homero y a su *Odisea*, nos encontramos con un preciso retrato del país de los feacios, la isla cuyas costas toca Ulises al seguir las indicaciones de Calipso, hija de Atlas, con quien había pasado siete años en Ogygia. Allí, en sus playas y tras haber sorteado los altos acantilados que separan su isla del mar, encuentra a Nausicaa, hija de Alcinoos, rey de los feacios, que lo conduce ante su padre. Por el camino, Ulises ve campos y cultivos, luego llega a los altos diques que protegen la capital y cruza sus estrechas puertas. En la ciudad observa el templo de Poseidón, al que rodea un gran mercado, también la acrópolis, no muy lejana, y el palacio del rey, protegido por muros cubiertos de preciosos metales. Se extasía ante los frondosos parques, las bellas fuentes, los numerosos estadios y los navíos fondeados en el puerto en hangares techados al abrigo de las olas, y sin reparo admira de los feacios su afición a la danza, a los baños y las camas calientes y confortables, además de su habilidad marinera, tanto en el transporte de mercancías como en el de hombres. Son, en fin, muy numerosos los detalles que recuerdan a la Atlántida que Platón pudo copiar en la descripción de su isla y que, con bastante probabilidad copió, pues tomar como tales tantas y tan significativas coincidencias no parece demasiado sensato.

Surge, por supuesto, la inevitable pregunta sobre la fuente de la que pudo obtener Homero la información que con tanta minuciosidad despliega. Quizá tenía razón el atlantólogo Jurgen Spanuth en 1985 cuando la atribuía a un «...documento histórico independiente del que sirvió a Platón», pero lo cierto es que afirmarlo así, sin otra prueba que el sentido común, no sería sino mera especulación. Lo que no cabe aseverar en modo alguno, como tan a menudo se hace, es la absoluta originalidad del filósofo ateniense.

Respecto a Heródoto, a quien ya hemos mencionado, aunque parco en descripciones, algunas de ellas pudieron servir a Platón, sobre todo porque el filósofo ateniense retrata un pueblo que vive en torno a una colina, sede del palacio real y los principales templos, al igual que Heródoto afirma que los atlantes viven en torno a la montaña del Atlas, a la que consideran la columna del cielo. Es también opinión general considerar evidente la influencia en la morfología platónica de la Atlántida de las descripciones que nos proporciona Heródoto de las grandes ciudades del Imperio persa, como Susa, Babilonia o Ecbatana, cuyo extremado detallismo, que no huye de las medidas y proporciones exactas de murallas y edificios, evoca la narración de Platón.

Pero son mucho mayores las coincidencias entre las hechuras de la Atlántida platónica y las que los egipcios atribuyen a su ya mencionada «Isla de la Ciudad del Trono Acuático». En concreto, el sarcófago del general Sepi de la Dinastía XII del Imperio Medio, hallado en la necrópolis principal de Hermópolis, representa dicha ciudad bajo la forma de un trono elevado en torno al que se dibujan cuatro anillos protegidos por muros refulgentes, de color rojizo, y cinco anillos de color azul oscuro, vigilados por nueve puertas, representación bajo la cual, a modo de título, aparecen los jeroglíficos correspondientes a isla con las inscripciones alusivas a su nombre: «Isla del Trono Acuático». Especial mención merecen también las versiones más recientes de esa ciudad, las que se corresponden a fechas posteriores a la expedición organizada con ayuda de los fenicios, por el faraón saíta Necho II, de la Dinastía XXVI (610-594 a. C.), que circunnavegó el continente africano durante tres años, partió del mar Rojo y regresó al Mediterráneo atravesando el estrecho de Gibraltar. Ahora, el trono de Osiris se representa con claridad como una pirámide escalonada, mucho más precisa que el simple altar con forma de escalera anterior, e incluso como una colina circular concéntrica, y aparecen a su alrededor ciudades con canal central y barcas o representaciones de un puerto de mar, siempre acompañadas de textos que aluden al dios del agua y el dios de la destrucción, coincidencias cuando menos inquietantes. En el caso en concreto del papiro mágico de Pehui-Kat, de fecha imprecisa, quizá en torno al siglo VII a. C., pero puede que mucho más reciente, se representa de nuevo una ciudad circular y amurallada con ocho bastiones defensivos en las puertas de acceso, equidistantes entre sí, y una imagen del dios Schu, el Atlas egipcio, en el centro, como guardián protector. No cabe mayor coincidencia. Si Platón necesitaba inspiración para su mito, sin duda pudo encontrarla de manera directa o indirecta en los papiros y los relieves egipcios. Cosa distinta es explicar



Michele Desubleo, *Ulises y Nausicaa*, 1654. Palazzo Montecitorio, Roma. La descripción de la isla de los feacios en la *Odisea* de Homero sorprende por sus curiosas coincidencias con la que hace Platón de la capital de la Atlántida.

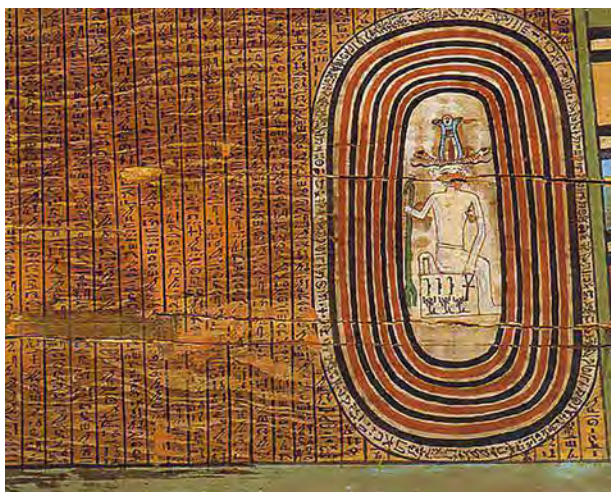
de qué modo llegó hasta él esta información, pero más adelante tendremos ocasión de reflexionar sobre el asunto.

Mientras tanto, una vez más, debemos bucear en la tradición de otros pueblos. La Atlántida de Platón, la Isla del Trono Acuático, las referencias de Homero y de Heródoto... todo parece referirnos a un mito universal presente en un gran número de culturas, a uno y otro lado del océano: la montaña sagrada. En efecto, según creían los mismos egipcios, el dios creador Atum surgió del Nun, las aguas primordiales, sobre una montaña escalonada a la que aluden las primeras pirámides del Imperio Antiguo, y creó todo cuanto existe a partir de su propio semen. De igual modo, la mitología sumeria nos habla de la montaña ancestral, emergida de las aguas primigenias, de la que nació el dios Enlil, señor del viento y de las tormentas y dueño de las tablas del destino, referencia clara del principal monumento de la arquitectura sumeria, el zigurat, cuyo nombre no significa otra cosa que 'monte' o 'montaña'. En la India, el monte Meru, sobre el que se encuentra el jardín de Brahma, está situado en el centro del mundo y sobre él brilla la Estrella Polar. De modo semejante piensan los antiguos persas, para quienes el monte sagrado Harzbutz se levanta en el centro mismo de la Tierra y está unido al Cielo. También algunas tribus amazónicas consideran a las montañas

la morada de los espíritus. Y en fin, en todos los pueblos de China se erige un montículo sagrado que representa el eje del mundo.

Son solo algunos ejemplos. La montaña sagrada es uno de los mitos más universales y, quizá por ello, ancestrales de la humanidad. Su altura y su grandiosidad empequeñecen al individuo y la unen al cielo, de cuya naturaleza parece formar parte, de ahí su sacralidad y su frecuente vinculación con los mitos de la creación. Por ello proliferan las formas arquitectónicas que tratan de imitarla: las pirámides egipcias, mayas, aztecas, chinas o japonesas, los zigurats mesopotámicos, los túmulos celtas, las estupas budistas, las pagodas chinas... y los pueblos antiguos han soportado enormes los sacrificios para erigirlas. ¿Cómo no iba Platón a verse influido por tal omnipresencia?

El tercer elemento del mito platónico son las ceremonias religiosas basadas en el culto al toro y a la columna. ¿Se lo inventó el filósofo



Detalle del sarcófago de Sepi, Museo Egipcio, El Cairo. A la derecha puede verse la Isla de la Ciudad del Trono Acuático representada como se describe en el texto.

griego? No parece probable. *La Odisea* de Homero menciona la isla de Ogygia en medio del océano, en la que reside la diosa Calipso, hija de Atlas: «En sus frondas —nos recuerda— habita la diosa nacida de Atlante, el astuto malvado que intuye los senos marinos y vigila las largas columnas, sustento del cielo». Y más adelante, en su ya mencionada descripción de las costumbres de los feacios, tan similares a las de los atlantes platónicos, indica que ofrecen toros en sacrificio a Poseidón, y es su mismo soberano el que ejecuta la inmolación de la víctima ofrecida al dios, como hace el primero entre los príncipes atlantes. De hecho,

Homero nos dice incluso que Alcinoo, rey de los feacios, temeroso del castigo que Poseidón, irritado por la ayuda que le habían prestado a Ulises, había decidido infligir a su pueblo, trata de disuadir al dios inmolando en su honor doce toros. Asimismo, las descripciones que nos proporciona Heródoto sobre los antiguos atlantes de Libia hacen provenir su nombre del monte Atlas, al que se describe como una montaña «...estrecha y totalmente circular, y tan sumamente elevada que, según dicen, sus cumbres no pueden dividirse, pues nunca, ni en verano ni en invierno, las abandonan las nubes», para añadir más tarde que «...los lugareños la consideran la columna del cielo» (*Historias*, Libro IV).

Una vez más, por otra parte, nos encontramos con un mito prácticamente universal. La columna y el toro aparecen por doquier en pueblos y culturas de todos los continentes desde tiempo inmemorial. Este último, en concreto, es uno de los cultos más antiguos. En Catal Hüyük, al sur de Anatolia, un asentamiento humano poblado ya hace diez mil años, no solo ha quedado constancia de la práctica de luchas rituales con toros, sino que su figura aparece representada en los altares mismos, como si de un dios se tratara. Incluso en el aún poco excavado y prodigioso yacimiento de Göbekli Tepe, también al sur de Anatolia, datado en once mil años antes del presente, y anterior por tanto al descubrimiento oficial de la agricultura, se han hallado representaciones de toros. En cuanto a los egipcios, el culto al toro es una de las tradiciones más antiguas que se les conocen, hasta el punto de que ya los faraones del Imperio Antiguo debían enfrentarse a uno de ellos y someterlo con sus propios brazos, anticipando así el combate que habían de librar en la otra vida para ganarse el acceso a la eternidad, y son numerosos los dioses del panteón del país del Nilo que se identifican con el toro, desde Ptah hasta Amón, pasando por el propio Osiris, denominado el Toro del Amenti. También se halla el gran bóvido presente por doquier en la mitología mesopotámica. Ya en Sumeria en el tercer milenio a. C. el dios del aire era representado como un toro, al tiempo que divinidades de tanta importancia en el panteón del país entre ríos como Sin, la diosa lunar, o Marduk, dios creador, se asocian al toro. No son menores, como sabemos, las asociaciones de este tipo en Grecia, en cuya mitología se vincula sobre todo a Poseidón, pero también a Zeus, que tomó su forma para raptar a Europa, y a Dionisos, llamado con frecuencia dios de los cuernos de toro. Y sabemos que en la cultura minoica, claro precedente de la griega, el toro ocupó un lugar destacado tanto en los cultos como en el arte hasta el punto de erigirse dentro del imaginario popular en uno de los símbolos arquitectónicos más reconocibles de la antigua Creta, no en vano Evans encontró cuernos de toros sacrificados cuando excavó

al sur del palacio de Cnosos y cornamentas de este animal talladas en piedra rematando los edificios palaciegos. Los persas, por su parte, lo representan también por doquier en los capiteles de sus columnas, quizá en recuerdo del toro primordial, de cuya sangre, tras ser vencido por Mitra, nacieron los frutos de la tierra, y en honor de dicho dios realizaban sacrificios de toros. Por último, su presencia en la India se remonta al comienzo mismo de la civilización. En la ciudad de Mohenjo Daro, dentro de la denominada cultura del Indo, durante el tercer milenio antes de nuestra era, el culto al toro está perfectamente atestiguado. De hecho, es en la India antigua donde encontramos una de las coincidencias más sorprendentes. Las descripciones platónicas del sacrificio ritual del toro en la Atlántida y las recogidas en el hindú *Shiva Purana*, canto en honor de este dios, resultan tan similares como inquietantes. Merece la pena citar ambos textos de forma literal y que sea el lector el que juzgue. Por un lado, como se indica en el *Critias*:

Rogaban a Poseidón que tomara la ofrenda sacrificial que le agradara de entre los toros sueltos en su templo y ellos, que eran solo diez, lo cazaban sin hierro, con maderas y redes. Al que atrapaban lo conducían hacia la columna y lo degollaban encima de ella, haciendo votos por las leyes escritas. En la columna, junto a las leyes, había un juramento que proclamaba grandes maldiciones para los que las desobedecieran. Tras hacer el sacrificio según sus leyes y ofrecer todos los miembros del toro, llenaban una cratera y vertían en ella un coágulo de sangre por cada uno. El resto lo arrojaban al fuego una vez que habían limpiado la columna.

Por otro lado, en el *Shiva Purana* el cuerpo del toro se dividía en tres partes y también se sacrificaba sobre la columna, que representaba a Shiva identificado con su falo erecto, el linga:

Linga, como el cuerpo del devoto, se divide en tres partes. La parte inferior (en el cuerpo por debajo del ombligo) es cuadrada, oculta en el pedestal. Representa a Brahma, el constructor, el poder de la gravitación que forma los mundos. La parte central (en el cuerpo, del ombligo hasta la axila) es octogonal y representa a Visnú, la fuerza centrípeta de concentración que da nacimiento a la materia. La parte superior (hombros y cabeza) es cilíndrica y representa a Shiva, la fuerza centrífuga de expansión, de la cual surgen la forma y la materia. El linga está abrazado por el yoni, el receptáculo «La madre universal es su altar».

En ambos casos parece que nos encontramos ante cultos relacionados con la fertilidad. La inmolación del toro descrita por Platón en el



*Critias* y su holocausto durante el culto a Shiva son símbolos del renacer cíclico de la vida por efecto de la voluntad de la divinidad a la que se rinde culto. También en la India los restos del animal eran posteriormente ofrecidos a Agni, el fuego del sacrificio.

Respecto a la columna, como hemos visto, los egipcios contaban con su propio Atlas en la figura del dios Schu o Shu, divinidad del aire que separaba con sus brazos alzados el Cielo (Nut) de la Tierra (Geb), y erigían frente a sus templos una pareja de obeliscos rematados en pequeñas pirámides que representaban la montaña primordial. Para ellos, empero, el firmamento no era sino una bóveda real sostenida por cuatro grandes pilares ubicados en los cuatro puntos cardinales. No muy distintas eran las creencias mesopotámicas, ya que también en su mitología el Cielo y la Tierra se encontraban separados por gigantescos pilares construidos por el dios Marduk, el joven toro del sol, con el cuerpo de Tiamat, la diosa de las aguas primordiales, que dividió en dos partes tras derrotarla en combate singular, mito de la creación muy similar, por otra parte, al hindú del dios Indra y el coreano de Miruk, aunque en este último caso los pilares cósmicos están hechos de bronce. Una relación minuciosa de ejemplos resultaría en verdad interminable. Hallamos telamones o atlantes, es decir, columnas con forma de hombre que sostiene sobre su cabeza o sus hombros el entablamento de la cubierta, en el palacio del rey asirio Sargón II en Khorsabad, del siglo VIII a. C., y en la antiquísima Tell Halaf, seis milenios antes de nuestra era; en el Templo de la Estrella de la Mañana, en Tula, la capital tolteca, y en Egipto; en Atenas y en Stonehenge... la columna es, bajo una forma u otra, la forma arquitectónica más antigua erigida por los seres humanos, siempre obsesionados por el simbólico, pero no por ello menos ominoso, peso del firmamento sobre sus cabezas.

El cuarto elemento del mito platónico indica que ha habido a lo largo de la historia numerosas catástrofes naturales que han llevado a la muerte a millones de seres humanos, y apunta, sin mucho detalle, que la misma Atlántida castigada por su soberbia, pereció víctima de una de ellas. Difícilmente puede encontrarse una tradición más extendida a lo largo y a lo ancho del planeta. Por supuesto, así lo creían los egipcios, como demuestra el ya mencionado papiro mágico de Pehui-Kat, cuyas invocaciones parecen ideadas para alejar por medio de ritos e incluso amuletos la posibilidad de que se repita un cataclismo de dimensiones cósmicas que parece haber sucedido en el pasado remoto y cuyos rasgos se describen con pavorosa precisión:

En la noche no hay iluminación y no existe el día... Una desgracia ha sido causada en el cielo y en la tierra... Dioses y diosas se llevan las manos a la cabeza, la tierra está destruida, el sol no aparece, la luna se retrasa, ya no existe... El abismo de las aguas se ha alterado, la Tierra se ha volcado, y el río ya no es navegable... Todo el mundo se lamenta y llora...

Lo más sorprendente es que tales invocaciones acompañan a una representación del dios Schu junto a una ciudad de estructura concéntrica y amurallada en cuyo interior se dibuja una serpiente, imagen que no puede menos que recordarnos, una vez más, a la Atlántida platónica. Pero no se trata de la única referencia a una gran catástrofe que podemos hallar en los antiguos textos del país del Nilo. En un célebre Himno a Ptah, se proclama: «El rugir de tu voz está en las nubes; tu aliento está en las cimas de las montañas; las aguas de tu inundación cubren los elevadísimos árboles de toda región», descripción que concuerda con otro mito egipcio en el que Ra, irritado con la humanidad, encomienda a la diosa felina Sekhmet su castigo y después, arrepentido, duerme a la leona divina inundando de cerveza mezclada con sangre para engañarla los campos de toda la Tierra.

Porque es exactamente el Diluvio Universal la forma más común que adopta la destrucción del mundo en todas las mitologías del planeta.



La columna y el toro reunidos en un pilar de Göbekli Tepe (9600 a. C.). Este relieve podría representar el testimonio más antiguo del culto al toro en la historia de la humanidad.

En el *Génesis*, Dios encarga a Noé, un hombre justo, la construcción de una enorme arca en la que, junto a él mismo y su familia, habrá de introducir una pareja de cada especie para preservarlas de la destrucción. Luego aniquila cuanto existe sobre la faz de la Tierra por medio de un diluvio de cuarenta días y cuarenta noches, y cuando la lluvia cesa, el arca encalla sobre el pico del monte Ararat y una nueva era comienza para la humanidad así purificada. En la versión mesopotámica, recogida en el famoso *Poema de Gilgamesh*, de la que quizá provenga la tradición judeocristiana, el argumento se mantiene sin más cambios que los que afectan a los nombres de los protagonistas. El dios que salva a la humanidad de la destrucción total, decidida por los otros dioses, es Enki y el papel de Noé lo desempeña Utnapishtim, al igual que él, un hombre justo. No es muy diferente el mito griego. Tras decidir Zeus el castigo definitivo, el titán Prometeo envía un mensaje secreto a Deucalión, quien así advertido del diluvio que se avecina, construye un gran barco con el que navega sobre las aguas turbulentas junto a Pirra, su esposa, hasta que la nave se detiene sobre el monte Parnaso. Muy similar es el mito hindú de Manu, el hombre justo que se salvó del diluvio en un barco que acabó posado en la cima del monte Himavat. No es necesario ser exhaustivos, pues el mito, del cual se han rastreado hasta sesenta y ocho tradiciones distintas, puede encontrarse en casi todas las culturas del mundo. Señalemos tan solo por su interés algunas versiones más.

En el mito chino son dos hermanos, Nu Gua y Fu Xi, los que se salvan del diluvio al flotar sobre las aguas en una enorme calabaza, y cuando la lluvia cesa se convierten en serpientes que, emparejadas, dan comienzo a la nueva humanidad, versión no muy distinta de la que nos ha dejado la tradición indochina. En África y Oceanía existen también mitos muy similares. Entre los yoruba de la actual Nigeria, se cuenta que el dios creador Obatala describía con tanto orgullo la especie a la que había dado vida que los demás dioses decidieron abandonar el cielo para morar en la tierra. Celosa, Olokun, la divinidad marina, decidió destruir a la humanidad liberando sobre ella las grandes olas del océano. La tierra quedó entonces inundada por completo y solo unos pocos hombres y mujeres se salvaron con la ayuda de la diosa Orunmila. Entre los kurnai australianos, sin embargo, el diluvio se inicia cuando Dak, una rana monstruosa que se había tragado las aguas, las vomita entre las carcajadas que le provocan las contorsiones de una serpiente. Solo un hombre y unas pocas mujeres se salvaron de la inundación al refugiarse en una isla de barro. Más convencional es el mito hawaiano, según el cual, un hombre llamado Nuu supo que el dios Kane se disponía a arrojar sobre el mundo una enorme ola con la intención de destruirlo, por lo que

construyó una gran casa flotante y la llenó de animales y alimentos, y se refugió en ella hasta que se detuvo sobre la cima de una montaña.

Por supuesto, Platón no podía estar familiarizado con todos estos mitos, pero sin duda conocía los propios de la tradición griega, a pesar de que ninguno de ellos se encuentran presentes en Homero o Heródoto, que ni siquiera los mencionan. En efecto, la alusión a uno o varios diluvios catastróficos, capaces de arrasas ciudades y reducir las a escombros es más bien reciente entre los escritores griegos. Fueron los logógrafos, los primeros autores que trataron de deslindar la historia y el mito, quienes comenzaron a referirse a ellos en sus obras. Acusilao de Argos, autor del siglo v a. C. cuya obra suele considerarse un intento de transcribir en prosa el contenido de la obra de Hesíodo, menciona incluso dos de estos diluvios, curiosamente los mismos a los que, según algunos autores, alude Platón, que quizá conocía su obra, en el *Timeo*, como indica Pàmias. El primero de ellos, menos conocido, es el acaecido en época de Foroneo y Níobe, una tradición de origen argivo; el segundo, propio del Ática y la Grecia central y mucho más célebre, es el que tuvo como supervivientes a Deucalión y Pirra, ya mencionado. Pero en cualquier caso, Platón se nos aparece aquí una vez más como hijo de su época, y desde luego, un hijo mucho más culto que la mayoría y, por ende, mejor conocedor de las propias tradiciones que, como vemos, aparecen por doquier en sus diálogos. Una vez más, la supuesta originalidad del mito se derrumba ante el peso de las pruebas.

Cosa distinta es plantear la posible influencia sobre Platón de sucesos reales, quizá no diluvios, pero sí grandes maremotos o inundaciones costeras. De hecho, un fenómeno de este tipo había tenido lugar en Grecia no mucho tiempo atrás, en el 373 a. C. Fue entonces cuando Hélice, una antigua ciudad perteneciente a la Liga Aquea y sede de un célebre templo dedicado a Poseidón, resultó destruida por la acción combinada de un gran terremoto y un enorme tsunami que la sepultó bajo las aguas en unas pocas horas, final semejante al de la Atlántida platónica. No resulta, pues, descabellado que el desastroso desenlace de Hélice le sirviera de inspiración.

Otros autores, sin embargo, prefieren considerar que la principal fuente de este aspecto concreto del mito platónico fue un hecho también indiscutiblemente histórico, la explosión volcánica que destruyó la isla mediterránea de Tera alrededor del año 1500 a. C. El primero de ellos fue el arqueólogo griego Spyridon Marinatos, que lo afirmó así en 1950, y sugirió también por primera vez que la información podría haber llegado a Platón a través de los egipcios. La hipótesis cobró aún más

fuerza en 1960 cuando el sismólogo Angelos Galanopoulos afirmó en un artículo publicado en esa fecha que trataba sobre la historia de los tsunamis en Grecia, que no solo la Atlántida, sino también el mito griego de Deucalión, debían atribuirse a la catástrofe de Tera. Desde luego, su explosión fue uno de los mayores desastres naturales de este tipo registrados a lo largo de la historia. Según se calcula, pudo haber proyectado a la atmósfera hasta cuatro veces la cantidad de material expulsado por la célebre explosión del Krakatoa de 1883 y solo habría sido superada por el Tambora, un volcán situado en la isla indonesia de Sumbawa, cuya erupción acaecida en 1815 dejó a Europa sin verano al año siguiente. La explosión del volcán de Tera destruyó por completo la isla, sumergió buena parte de ella en el mar, sepultó en piedra pómez los asentamientos minoicos que la poblaban y arrojó enormes nubes de material volcánico sobre la isla de Creta, en la que se asentaba por entonces el centro de la floreciente civilización minoica, la cual, muy debilitada, fue pronto presa fácil de los invasores procedentes de la Grecia micénica. Según Luce, de acuerdo con algunas hipótesis, los informes sobre el final de la Creta minoica habrían llegado enseguida a Egipto, que mantenía fructíferas relaciones comerciales con ella, y sus sacerdotes los habrían registrado y archivado. Dicha información, algo confusa tras el paso de los años, es la que habría recogido Solón en su estancia en el país de Nilo nueve siglos más tarde, en torno al 590 a. C., para luego asimilarla a su manera y refundirla en forma de notas de cara a la redacción de un poema épico. En el proceso muchos datos se habrían perdido, no solo porque el sabio griego vertió a su lengua los nombres originales, sino porque no llegó a saber que era la destrucción de la muy real y cercana Creta la historia que le habían narrado. Y habría sido esa información incompleta la que llegó a Platón, que la tomó como base para la redacción de uno de sus mitos pedagógicos de nuevo cuño, en este caso con el objeto de transmitir su versión del Estado ideal, sin que le importara, a tales efectos, adornar la información recibida, alterando fechas, ubicaciones y detalles, valiéndose para ello de su propia tradición cultural. ¿Se trata de una interpretación plausible? Desde luego, aunque también especulativa. Por desgracia, no disponemos de pruebas que atestigüen su veracidad más allá de la racionalidad de su planteamiento. Y mientras dichas pruebas no existan no podemos pronunciarnos, pero suponer que entre los ingredientes de la sopa mítico-histórica que cocinó Platón para dar forma a su relato contara con el trágico destino de la civilización minoica no puede considerarse un disparate.

Siguiente elemento, el quinto: en un tiempo lejano, anterior a todas las catástrofes que se abatieron sobre la Tierra, el clima había sido más

benigno y la naturaleza más feraz, de modo que la abundancia era la condición natural de los seres humanos, que habían de realizar escaso esfuerzo para satisfacer sus necesidades. Se trata sin duda del *Mito de la Edad de oro*, también denominado *Mito de las Edades*, enormemente extendido entre las mitologías de todos los continentes y, en el caso de Grecia, introducido hacia finales del siglo VIII o comienzos del VII a. C. en la obra del poeta Hesíodo *Los trabajos y los días*. Platón desde luego, hubo de leer a Hesíodo, y resulta razonable pensar que su detallada descripción de la Atlántida como lugar de abundancia y felicidad proceda, en mayor o menor grado, de él, máxime cuando se vale del mismo mito en otro de sus trabajos, *El Político*, en el que señala:

No había en absoluto constitución, ni posesión de mujeres ni de niños, porque desde el seno de la tierra es de donde todos remontan a la vida, sin guardar ningún recuerdo de sus existencias anteriores. En lugar de esto, poseían en profusión los frutos de los árboles y de toda una vegetación generosa, y los recogían sin necesidad de cultivarlos en una tierra que se los ofrecía por sí misma. Vivían frecuentemente al aire libre, sin cama ni vestidos, ya que las estaciones eran de un clima tan agradable que no les ocasionaban molestias, y sus lechos eran nobles entre la hierba que crecía en abundancia.

Descripción que presenta un parecido notable con la de Hesíodo, como puede deducirse con facilidad de la lectura de sus textos:

Primero —escribe el poeta beocio— una dorada generación de hombres mortales crearon los inmortales, habitantes de las mansiones olímpicas: era en tiempos de Cronos, cuando este reinaba en el cielo. Los hombres vivían igual que dioses, con el corazón libre de cuidados, a salvo de penas y aflicción; la mísera vejez no les oprimía, sino que, con pies y manos llenos de vigor, se gozaban en los festines, exentos de todos los males: y morían como vencidos por el sueño. Todos los bienes estaban a su alcance, la fértil tierra, por sí sola, producía ricos y abundantes frutos y ellos, contentos y tranquilos, gozaban de sus bienes sin tasa. Una vez que la tierra cubrió sus cuerpos, se convirtieron en espíritus venerables, sobre la tierra, buenos, protectores de los males, guardianes de los mortales hombres; y vigilan las sentencias y los perversos actos: vestidos de bruma se extienden por toda la tierra, distribuidores de riqueza: esa es la dignidad real que recibieron.

Pero Hesíodo, como decimos, dista mucho de ser original. Según Giorgio de Santillana, coautor del libro *El molino de Hamlet*, podemos rastrear en torno a doscientos mitos en una treintena de culturas que refieren una suerte de ciclo o sucesión de edades de la humanidad, más

o menos ligadas al movimiento de los cielos, quizá porque, de acuerdo con la tesis de Arturo Graf (1892-1893) en su clásico estudio sobre el Paraíso terrenal, este mito no sería otra cosa que un recuerdo difuso de una sociedad igualitaria, previa a la invención de la agricultura y con ella la propiedad y la desigualdad social, pues esta, junto al desamor, la enfermedad y la muerte ha sido siempre la causa principal de la infelicidad humana. Por ello se trata también de uno de los mitos que menor diversificación presenta en su formulación. Así, el Dilmún de los sumerios se nos describe como una isla paradisíaca en el Oriente remoto en la que todo es armonía y paz, pues ni el león mata ni el lobo persigue al cordero, y no existe la enfermedad, la vejez o el pesar, visión similar a la que nos ofrece el Génesis bíblico, según la cual el hombre era en principio inmortal y desconocía todo mal. Para los pueblos de Oceanía,



*El Diluvio Universal*, por Gustavo Doré (1832-1883), edición ilustrada de la Biblia, 1866. El de la gran inundación es, sin duda, el mito más extendido entre todas las culturas humanas, hasta el punto en que parece imposible que no posea alguna base histórica.

la isla de Irian fue en un tiempo remoto un paraíso habitado por los demás, mitad hombres mitad espíritus, dueños de poderes misteriosos, pero su ambición los llevó a jugar con fuego, por lo que la Tierra entera se incendió y el gran dios Darui hubo de sofocar el incendio por medio de un diluvio. En Polinesia están seguros, por su parte, de que su origen ancestral se halla en una isla paradisíaca que fue destruida por un volcán y una gran inundación.

Inmortalidad, felicidad, armonía, abundancia... todo aquello con lo que el ser humano ha soñado desde el comienzo de los tiempos se hallaba a su alcance en aquella dorada edad primigenia. ¿Por qué, entonces, aquel tiempo hubo de llegar a su final para dar lugar a una decadencia continua que no parece llamada a concluir nunca? Los avatares posteriores del género humano se describen con precisión en Hesíodo, que nos habla, sucesivamente de una Edad de Plata, una Edad del Bronce, una Edad de los Héroes y una Edad de Hierro. Las otras culturas no nos ofrecen, por lo general, tanto detalle, pero la idea de decadencia unida de forma indisoluble a la nostalgia se halla siempre presente. Y también es la misma, por lo general, su causa. Como señala la tradición bíblica: «Entonces dijo Yahveh: he aquí que Adán ha venido a ser como uno de nosotros, a conocer el bien y el mal. Y ahora, ¿no podría alargar la mano y tomar parte también del Árbol de la Vida, y comer, y vivir para siempre? Y Yahveh expulsó al Adán del huerto del Edén». El hombre es castigado por su desobediencia, pero también por tratar de ser como Dios, al igualar su conocimiento. En la mitología sumeria, Enki descubrió que los humanos tenían un comportamiento inadecuado y los expulsó del paraíso. En el mito griego, Prometeo es castigado por robar el fuego del cielo, símbolo evidente del conocimiento, y también lo es Tántalo, que arrebató a los dioses néctar y ambrosía para compartirlos con sus amigos mortales. El Diluvio Universal, en este contexto, sería el castigo por excelencia. Por supuesto, al final de la Atlántida platónica se le atribuye idéntica causa, la soberbia, esto es, el alejamiento de los hombres del mandato divino. Tampoco en esto fue el filósofo griego nada original al diseñar su mito.

El sexto elemento del relato platónico reside, precisamente, en la afirmación de que en los templos de la ciudad egipcia de Sais y en otros lugares del país se conservaban archivos en los que se encontraba registrada la historia de la Atlántida, así como de otros muchos hechos que se remontan a miles de años antes de la época de Platón, y que Solón había conocido en su viaje a Egipto. Esta afirmación tiene poco que ver con el mito, pero dado que no cuenta en favor de su historicidad con otro testimonio que el del propio Platón, podría interpretarse como un recurso





*La Edad de Oro* (1539) de Lucas Cranach el Viejo (1472-1553), óleo sobre tabla, Museo Nacional de Noruega, Oslo. El mito de las edades o la degeneración progresiva de la humanidad desde una edad de oro originaria en la que no existía el sufrimiento ni la escasez está presente en muchas culturas del planeta.

estilístico más, entre los varios intercalados en el texto para prestar verosimilitud al relato. No existe, o no se ha encontrado aún, dato alguno que permita sostener que los sacerdotes egipcios transmitieron a Solón el relato de la Atlántida. Como hemos visto, sí podía haber extraído Platón de fuentes egipcias algunos aspectos de su mito, como la forma de la isla, su ubicación o su carácter paradisiaco, pero se trataría en todo caso de fuentes de naturaleza escatológica, relativas al Amenti, el más allá, tal como lo concebían los egipcios, no de fuentes de índole corográfica, histórica o geográfica, acerca del mundo real tal como podrían haberlo conocido los navegantes de cuyos periplos pudieron tener noticia los sacerdotes de Sais, aunque estos, cuando se produjeron precisamente en época saíta, pudieran a su vez influir en la conformación del mito, modificando o precisando de algún modo la tradición.

En otras palabras, si bien es cierto que Solón fue a Egipto, algo que casi todos los pensadores griegos hacían en aquel tiempo por considerar,

no sin razón, al país del Nilo la sede del conocimiento más antiguo y completo, no podemos saber con certeza casi nada acerca de los documentos que allí consultó ni de las personas con las que habló, pues incluso los testimonios que sobre este aspecto concreto nos han llegado son contradictorios. Así, Plutarco, ya en el siglo primero de nuestra era, afirma tajante en *Vidas paralelas* que Solón conoció el relato sobre la Atlántida de boca de los sacerdotes Psenopis de Heliópolis y Sonjis o Sonquis de Sais. Pero por el contrario, Proclo, que escribe en el siglo v sus comentarios al *Timeo*, menciona que no fueron ellos, sino Pateneit de Sais, Ojapi de Heliópolis y Etemón de Sebennitos, nombres que tanto podrían ser del todo inventados como pertenecientes a figuras de prestigio traídas a colación con la intención de otorgar mayor credibilidad a la narración. Ayuda aún menos a apoyar la historicidad del mito platónico las contradicciones cronológicas que contiene. No se trata tan solo de que su ubicación en el tiempo contravenga cuanto sabemos de cierto sobre la Prehistoria europea, pues carecemos de evidencia arqueológica alguna que nos permita asumir la existencia 9.500 años antes del presente de una civilización dueña de un nivel de desarrollo propio de la Edad del Bronce, sino que las propias fechas que da Platón son incompatibles entre sí. Así, afirma sin rubor en el *Timeo* que Atenas fue fundada en aquella fecha para después remarcar que la fundación de Sais fue 1.000 años posterior, algo que sorprende cuando es en Sais donde se conservan datos sobre la fundación de Atenas y no en Atenas sobre la fundación de Sais, y luego, ya en el *Critias*, vuelve a situar la victoria ateniense sobre los atlantes 9.000 años atrás, logro que sorprende en una ciudad que acababa de ser fundada y no podía ser entonces otra cosa que un villorrio del todo incapaz de imponerse por la fuerza de las armas a un imperio que había conquistado la mitad del mundo conocido. La única conclusión posible, y de tal presupuesto hemos partido, como se recordará, al comienzo mismo de este libro, es que todo lo que Platón refiere sobre la Atlántida es un mito y las referencias que incluye en sentido contrario son tan solo un recurso estilístico, afirmación que asume el propio Platón cuando pone en boca de Critias la elocuente afirmación de que lo esencial es «...hacer un discurso adecuado a lo que se pretende», para más adelante proseguir diciendo que «...los ciudadanos y la ciudad que ayer nos representasteis como una ficción los transportaremos ahora a una esfera real: supondremos que se trate de esa misma ciudad». Nos encontraríamos, pues, como ha señalado Christopher Gill (1977), con un mito político-filosófico construido con ingredientes históricos, lo cual justifica plenamente el sentido último del presente capítulo. Como ha escrito S. Casey Fredericks, según Ellis:

Ha llegado el momento de reconocer que la Atlántida nunca existió, ni en el tiempo ni en el espacio, y de que seamos conscientes de que donde realmente ha estado la Atlántida desde el principio es en el mundo de la mente y en el más fascinante de sus frutos imaginativos: el mito. El universo de la imaginación sigue siendo el único lugar donde los atlantistas del futuro podrán explorar y tal vez incluso descubrir cosas nuevas.

Sigamos, pues, con nuestra labor de desentrañar los orígenes del mito platónico. Su séptimo elemento distintivo es, según nuestro planteamiento inicial, la afirmación de que el conocimiento original de los seres humanos proviene de seres divinos que les enseñaron las leyes, las artes y las ciencias. No es complicado descubrir aquí lo que podríamos denominar mito de los héroes civilizadores. Lo hallamos, por supuesto, en la propia tradición griega. En el mito heleno, Prometeo, tal como nos refiere una vez más Hesíodo, salva al género humano al avisar a Deucalión del inminente diluvio y persuadirle de que construya una gran barca. Es también él quien robó el fuego del cielo y lo regaló a los hombres, quienes desde entonces ya no tuvieron que comer la carne cruda, pudieron forjar los metales, calentarse cuando les atería el frío y defenderse de las fieras. También les enseñó a trabajar los campos y a cultivarlos según las estaciones y los fenómenos meteorológicos, que por su indicación comenzaron a leer en los cielos, así como a criar animales y apacentarlos según su necesidad. Es, pues, el padre de la civilización, la fuente de la que los hombres obtienen un saber que no se encontraba a su alcance y que no habrían adquirido jamás por sus propios medios.

Por supuesto, todo indica que no se trataba de una idea original. Según Robert Graves, uno de los grandes estudiosos de los mitos griegos, su origen podría ser hindú. La palabra «Prometeo», equivalente a 'previsión', podría derivar del sánscrito *pramantha*, que significa 'esvástica' o 'taladro de fuego', cuya invención se le atribuye. Pero más significativa es la similitud del mito en sí en ambas culturas. En la India, los hermanos Pramanthu y Manthu, equivalentes a Prometeo y Epimeteo, juegan un papel casi idéntico al que desempeñan en la *Teogonía*. En cualquier caso, se trataría de un ejemplo más no muy distinto a muchos otros que pueden rastrearse a lo largo y ancho del mundo. En Egipto el héroe civilizador por antonomasia es Osiris, que enseñó a las gentes del valle del Nilo a cultivar la tierra, adorar a los dioses y vivir de acuerdo con las leyes. Un papel similar al que habrían jugado, siempre de acuerdo con la tradición egipcia, los misteriosos *Shemsu Hor*, supuestos compañeros de Horus, míticos semidioses que en tiempos predinásticos habrían gobernado Egipto y fijado el canon de su civilización, cuyos orígenes continúan aún

hoy velados por el misterio a pesar de que se alude a ellos en el llamado Canon Real de Turín, un documento fechado en la Dinastía XVIII, alrededor del 1400 a. C., en el que se nos ofrece una relación de todos y cada uno de los reyes que gobernaron el valle del Nilo desde el comienzo de los tiempos.

En Mesopotamia el equivalente a Osiris es el dios Uanna u Oannes, un prodigioso anfibio mitad pez mitad humano que, según la tradición sumeria, emergió de las aguas subterráneas para enseñar a los hombres la escritura, la agricultura, las matemáticas, la arquitectura y la astronomía, y en realidad uno de los llamados Siete Sabios enviados por el dios Enki para ayudar a la humanidad a abandonar la barbarie. Incluso entre los hebreos nos encontramos con los misteriosos, y muy explotados por la pseudociencia, Nefilim, que según la interpretación que se haga del *Génesis*, serían ángeles caídos o los hijos que estos tuvieron con las hijas de los hombres, pero cuyo carácter prometeico parece evidente. Al igual que en el caso del titán griego, su comportamiento provocó las iras de Dios, que habría enviado el diluvio no tanto para exterminar a la humanidad como a estas criaturas, y no tanto por su indigno comercio carnal con las hijas de los hombres, sino por los conocimientos que transmitieron a estos, que se detallan en el *Libro de Enoch*:

Azazel enseñó a los hombres a fabricar espadas, cuchillos, escudos, petos, los metales y sus técnicas, brazaletes y adornos; cómo alcoholar los ojos y embellecer las cejas, y de entre las piedras, las que son preciosas y selectas, todos los colorantes y la metalurgia. Hubo gran impiedad y mucha fornicación, y se corrompieron sus costumbres. Amezarak adiestró a los encantadores y a los que arrancan raíces; Armaros, cómo anular los encantamientos; Baraquiel a los astrólogos; Kokabiel, los signos; Tamiel enseñó astrología; Asradel, el ciclo lunar. Pero los hombres clamaron en su ruina y llegó su voz al cielo.

Terminamos. Una cuestión fundamental y necesaria para dar por concluido este bloque es la conveniencia de cuestionarse acerca de la forma en que esta tradición mítica pudo llegar hasta Platón. Por supuesto, debemos considerar que, como les sucedía a todos los hombres cultos de su época, y a la mayoría de los que no lo eran, pues la mitología en Grecia distaba mucho de ser un asunto de élites, conocía todos los mitos propios de su tradición cultural. Cosa distinta es el origen mismo de dicha tradición, que sería absurdo considerar nacida en exclusiva de fuentes griegas, dadas las grandes coincidencias que hemos tenido ocasión de rastrear entre muchas de las culturas del planeta a la hora de narrar los principales mitos presentes en los diálogos platónicos que nos ocupan, en especial el que podríamos considerar mito central o fundamental de

los textos, el paraíso perdido. Explicaciones no faltan, aunque la mayoría de ellas no han podido aportar todavía pruebas irrefutables de su veracidad. Como señala Marcos Martínez, que nos ha ahorrado el esfuerzo de realizar un rastreo minucioso de todas ellas, Valerio M. Manfredi sostiene, por ejemplo, la hipótesis de que este mito pudiera derivar del ya mencionado poema sumerio de Gilgamesh, llevado hasta Occidente por los navegantes fenicios.

J. G. Griffiths, por su parte, situó el origen del tópico en la civilización del país del Nilo, concretamente en los textos a los que nos hemos referido más arriba, que mencionan los Campos de la paz divina, los Campos de los juncos y los Campos de los bienaventurados, desde donde habría pasado a Grecia a través de la isla de Creta, lo que explicaría su protagonismo en tantos de estos mitos. No muy distinta es la tesis del neerlandés Wagenvoort, que en 1971 postuló un contacto entre griegos y egipcios desde la Edad del Bronce como origen de una tradición de la que se habrían hecho eco sobre todo los movimientos órficos y pitagóricos, fuente de la que, añadimos nosotros, quizá bebió Platón durante su estancia en Sicilia en la corte del tirano Dionisio de Siracusa, en quien vio la ocasión de poner en práctica sus ideas sobre el Estado ideal. Por último, y más recientemente, García Teijeiro en 1985 afirmó la existencia de una suerte de herencia común indoeuropea, origen último de la idea de una pradera de dulce clima que separa el mundo de los vivos del de los muertos y que en la escatología griega se habría diversificado en tópicos como los Campos Elíseos, las Islas de los Bienaventurados o el Jardín de las Hespérides.

## LA ATLÁNTIDA DESPUÉS DE PLATÓN

Hasta aquí Platón. ¿Pero qué fue del mito de la Atlántida en los autores clásicos tras su muerte? ¿Creyeron en él? ¿Lo tomaron como tal o, por el contrario, aceptaron su supuesto carácter histórico? Lo más correcto sería decir que hubo de todo.<sup>3</sup> No faltó quien se rió con desdoro del relato platónico, como Teopompo de Quíos (380-323 a. C.), quien llegó a acusar al filósofo ateniense de mentiroso y plagiarlo. En su relato, en apariencia una parodia del *Timeo* y del *Critias* (que solo conocemos por fuentes indirectas pues toda su obra se ha perdido),

---

<sup>3</sup> Una buena síntesis de las referencias a la Atlántida en el mundo clásico puede encontrarse en el reciente trabajo de José Orihuela Guerrero (2016): «El relato de la Atlántida en el mundo antiguo». En *Bajo Palabra. Revista de Filosofía*. II Época, 12, 215-224.

Sileno, el célebre sátiro, narra al rey Midas de Frigia la historia de una isla llamada Meropia en la que no existe el día ni la noche, sino un eterno crepúsculo rosáceo. En la isla existen, según el sátiro, dos ciudades separadas entre sí por una vasta extensión, Machimos y Eusebia. La primera vive para la guerra y tiene por objetivo la conquista de los hiperbóreos, los míticos pueblos del lejano norte; la segunda es pacífica y sus habitantes viven sin esfuerzo de los frutos de la tierra. También existen en la isla dos ríos denominados *Hedonè* (placer) y *Lupè* (pena), las aguas del primero aseguran a quien come los frutos de los árboles que bordean su ribera el regreso a la niñez, las del segundo garantiza la eterna melancolía. Para algunos autores, lejos de criticar a Platón, el texto de Teopompo lo respalda, pues narra una historia similar sin haber leído los diálogos del ateniense, lo que supondría la existencia de una fuente anterior a Platón que él mismo habría consultado, ya que solo de ese modo tendría sentido que lo acuse de plagiarlo. La tesis, empero, resulta difícil de corroborar. La parodia, habida cuenta del contenido de su historia, nos parece una explicación más plausible.

Pero ¿qué decir de Aristóteles? ¿Qué opinaba el discípulo por excelencia de Platón, al que sobrevivió en un cuarto de siglo (vivió entre el 384 y el 322 a. C.), de la obra de su maestro? Parece que poca cosa. Incluso podría decirse que obvia con toda intención la ocasión de pronunciarse sobre el asunto. Cuando puede hacerlo, en su disertación *Sobre el cielo*, se limita a señalar que «...los que creen que hay continuidad entre la región cercana a las Columnas de Heracles y la región de la India y que, de este modo, no hay más que un mar, no parecen sostener una opinión tan increíble». Y añade, con todo cuidado de no tomar partido, que ofrecen como prueba «...el caso de los elefantes, cuya especie se encuentra en cada una de estas regiones extremas, lo que tiende a hacer creer que es en razón de su continuidad que las regiones extremas están afectadas por las mismas características»<sup>4</sup>. Solo en una ocasión parece apoyar el estagirita a su antiguo maestro, si bien de manera indirecta, diríase que casi inadvertida, y es cuando afirma en sus *Meteorológicas* que «...las partes del mar situadas más allá de las Columnas de Heracles están al abrigo de los vientos a causa del cieno», cuya presencia, como se recordará, Platón había atribuido en el *Timeo* al hundimiento de la Atlántida. No obstante, la visión aristotélica de la Atlántida quizá estaría incompleta, y quedaría sesgada, de no mencionarse también otra referencia, la que hace el estagirita a tierras

---

<sup>4</sup> *De Coelo* (II, 14, 298a).

situadas en el Atlántico en *Sobre el mundo*, III, texto en el que alude a la isla llamada Antilla, de indudable similitud fonética con la protagonista del mito platónico. Cosa distinta sucede con las denominadas *Mirabilia* (Maravillas), algunas veces atribuidas, no sin cierta falta de rigor, a Aristóteles, pero que parecen ser obra de Teopompo. En este texto, después recuperado por Diodoro Sículo, ya en el primer siglo de nuestra era, se dice lo siguiente:

Él relata allí que algunos cartagineses, que se lanzaron al mar Atlántico, fuera del estrecho de Gibraltar, y navegaron durante mucho tiempo, descubrieron por fin una gran isla fértil, cubierta de bosques y regada por grandes y profundos ríos, muy alejada de cualquier tierra firme; y que ellos, y otros más tarde, atraídos por la bondad y fertilidad del suelo, se fueron allí con sus mujeres e hijos, y comenzaron a aclimatarse. Los señores de Cartago, viendo que su país se despoblaba poco a poco, prohibieron expresamente, bajo pena de muerte, que nadie fuese allí, y expulsaron a los nuevos habitantes, temiendo, por lo que se dice, que con el tiempo se multiplicasen de tal forma que les suplantasen y arruinasen su Estado.

Afirmación plausible, habida cuenta de que, de acuerdo con otras fuentes, los capitanes de los navíos púnicos tenían órdenes de hundir sus barcos antes de dejarse capturar, para preservar así el secreto de sus rutas de navegación allende las Columnas de Hércules, órdenes, por otra parte, coherentes con las historias sobre la existencia de monstruos horribles en aquellas aguas que se encargaban de propalar para desanimar a todo aquel que tuviera la tentación de intentar navegar por ellas.

Mucho después, y tras un largo periodo de tiempo sin mención alguna al mito platónico, Eliano (170-230 d. C.) menciona la existencia en el estrecho de Bonifacio, que separa Córcega de Cerdeña, de unos gigantescos carneros marinos cuyas manchas blancas en la frente servían de inspiración a las diademas que lucían los reyes de la Atlántida (*Sobre la Naturaleza de los Animales*, Libro xv), referencia que tan solo demuestra que o bien había leído a Platón o bien un texto que hacía referencia a este pasaje del *Critias*.

Ya en nuestra era, el geógrafo e historiador griego Estrabón (63 a. C.-24 d. C.) señala que Posidonio creía en la existencia de la Atlántida y él mismo admite que podría estar en lo cierto, si bien evita pronunciarse al respecto más allá de tan ambigua aseveración, que no pasa de ser un reconocimiento implícito al prestigio del filósofo ateniense, sin comprometerse en absoluto con la historicidad de su narración, pues tan solo señala acerca de ella que «...podría darse el caso de que esta tradición no fuera pura invención».

Más comprometido con la historicidad del mito se nos revela Diodoro Sículo (90-30 a. C.), quien en su *Biblioteca Histórica*, Libro v, nos habla de una isla de gran extensión, situada a varias jornadas del norte de África y dotada de una exuberante vegetación y una densa población. Descubierta por los fenicios, su existencia habría sido mantenida en secreto por los cartagineses para evitar un éxodo masivo hacia ella de los habitantes de la propia Cartago, lo cual no debe extrañarnos, habida cuenta de la descripción que de ella nos presenta, cercana sin duda a la del propio Platón:

Su suelo es fértil, compuesto por montañas y amplios valles, estos últimos de gran belleza. Esta isla está bañada por ríos navegables. Se ven numerosos jardines con todas las clases de árboles y huertas recorridas por manantiales de aguas dulces... En una palabra es esta isla tan bella que más parece la residencia feliz de algún dios, que la de los hombres... Se encuentran en ella casas de campo suntuosamente construidas donde pasan la estación de verano los habitantes... Antes esta isla era desconocida a causa de su gran alejamiento del continente.

Una versión del mito, por lo que parece, bastante exitosa en años posteriores. Plinio el Viejo (23-79), unas pocas décadas más tarde, presenta el hundimiento de la Atlántida como ejemplo de catástrofe natural (*Historia Natural*, Libro II) y da por cierta la existencia de una isla llamada de ese modo frente a la cordillera del Atlas. Pomponio Mela, por aquellas mismas fechas, recoge la versión de Diodoro y nos habla en su *De situ Orbis Libri* de una isla de abundante vegetación situada en el Atlántico. Un poco después, Plutarco (c. 46-c. 120) no solo aceptará como cierta la narración de Platón, sino que, como ya dijimos, pondrá nombre a los sacerdotes que transmitieron su contenido a Solón: Psenopis de Heliópolis y Sonchis de Sais. Y afirmará con total convicción que son dos las tierras que emergen al otro lado de las Columnas de Hércules, Ogygia, a cinco días de navegación hacia el oeste; y la Tierra de Cronos, mucho más vasta y lejana, en medio del océano.

Parece, pues, que en torno al mito del ateniense iba naciendo toda una fábula que muchos daban por veraz sin pararse a pensar siquiera, quizá por la autoridad que todos reconocían a su autor, si lo era o no. Y se trataba de una fábula duradera. Amiano Marcelino (c. 330-c. 400) pone una vez más como ejemplo del posible hundimiento de tierras a causa de una erupción volcánica el de la Atlántida, que describe, alterando un tanto la descripción de Platón, como «más vasta que Europa». Las citas serían interminables: Filón de Alejandría, que casi parafrasea a Plinio; Tertuliano, que se limita a dar por cierto el trágico final de la Atlántida; Arnobio, un retórico cristiano del siglo IV que la cita entre



las catástrofes más destacadas de la historia... todos parecen asumir sin más la historicidad del mito. Algunos, como Crantor de Cilicia, que vive también en el siglo IV, incluso van más allá y afirman sin rubor —ni evidencias— que vieron con sus propios ojos las estelas egipcias que los sacerdotes de Sais mostraron a Solón. Y Proclo (412-485), exégeta del *Timeo*, trae como prueba los relatos de viajeros que hablan de un archipiélago de siete islas y otras tres más grandes pobladas por gentes que recordaban como cierto el relato de la desaparecida Atlántida. ¿Cabía, acaso, otra posibilidad cuando era el gran Platón su fuente original? No es necesario recurrir a la existencia de otra fuente, como han hecho algunos autores. Resulta mucho más sencillo y por ello plausible, pensar en lo difícil que sería rebatir al filósofo sin aportar sólidas pruebas *a contrario*, tanto al menos como lo sería hoy atacar al *establishment* académico para cualquier investigador que no estuviera dispuesto a jugarse su carrera y su prestigio.

Y, sin embargo, los hubo. Más críticos o más avisados se muestran autores tan diversos como el pitagórico Numenio de Apamea (segunda mitad del siglo II), el ecléctico Amonio de Alejandría (c. 175-242), Orígenes, uno de los padres de la Iglesia (c. 185- c. 254), o incluso el neoplatónico Porfirio (c. 232-304), que ven en el mito del filósofo ateniense lo que es en realidad una alegoría con finalidad pedagógica. Hasta el mismo Proclo, actuando ahora como abogado del diablo, señala la posibilidad de ver en la Atlántida una mera analogía histórica de las guerras médicas, un elaborado trasunto de la mitológica titanomaquia o incluso un elaborado cuento metafísico en el que el Uno se opone a la Alteridad.

Poco a poco, sin embargo, las alusiones a la Atlántida van espaciándose hasta desaparecer. Cosmas Indicopleustes, un nestoriano del siglo VI, ya en el umbral del Medievo es uno de los últimos autores que la menciona para hacer de ella, no sin cierto tino, una versión pagana, y por ende errada, del Diluvio Universal narrado en el Génesis. La Edad Media contará con sus propios mitos geográficos: la isla de San Brandán, el reino del Preste Juan, el Jardín del Edén, el país de Gog y Magog... Pero ¿acaso no son todos estos lugares trasuntos más o menos idealizados del mito platónico? Pareciera que allí donde el hombre ignora de cierto lo que va a encontrarse, temeroso de un vacío que atenaza su espíritu, llena el hueco con una Atlántida siempre distinta, pero en el fondo siempre idéntica. A estas Atlántidas medievales dedicaremos el contenido del tercer capítulo, pero antes nos detendremos un poco en el análisis de los mitos del continente americano.